

EXILIOS

Razones, proyectos
y figuras en México

Pablo Yankelevich

COLECCIÓN **MIRADAS A LA HISTORIA**

Academia Mexicana de la Historia | Secretaría de Educación Pública

EXILIOS

Razones, proyectos
y figuras en México

Pablo Yankelevich

COLECCIÓN **MIRADAS** A LA HISTORIA

Directora de la Colección: Elisa Speckman Guerra

Diseño, formación y portada: Ónix Acevedo Frómeta

Revisión de textos: Jorge Luis Merlo Solorio

Impresión: Estampa Artes Gráficas

Primera edición: 2024

Edición en PDF: 2025

D.R. Pablo Yankelevich

D.R. Academia Mexicana de la Historia

D.R. Estampa Artes Gráficas S.A. de C.V.

ISBN: 978-607-8740-39-0

Imagen de portada: Pilip Kominik, Unsplash

MESA DIRECTIVA DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Javier Garcíadiego Dantan (Director), Gisela von Wobeser (Censora),
Rodrigo Martínez Baracs (Secretario) y Elisa Speckman Guerra (Tesorera)

COMITÉ EDITORIAL DE LA ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

Virginia García Acosta (Presidenta), Araceli Almaraz Alvarado, Felipe Castro,
Carlos Illades, Cynthia Radding, Antonio Rubial García,
José Antonio Serrano Ortega, Elisa Speckman Guerra y Gisela von Wobeser

Esta obra se realizó con el subsidio de la Subsecretaría de Educación Superior de la Secretaría de Educación Pública.

Todos los derechos reservados. Esta obra no puede ser reeditada, reproducida en forma electrónica o impresa, fotocopiada o utilizada con fines de lucro sin autorización por escrito de los editores y/o del autor.

Impreso y hecho en México

Índice

| | |
|--|----|
| Presentación | 7 |
| <i>Slackers</i> | 10 |
| Universitarios y líderes políticos | 14 |
| Españoles republicanos | 34 |
| Desterrados antifascistas | 41 |
| Expatriados discretos | 50 |
| Diásporas latinoamericanas | 53 |
| Éxodo guatemalteco | 68 |
| Retos del presente | 71 |
| Notas | 77 |
| Bibliografía | 84 |

Presentación

Entre los países receptores de perseguidos políticos, México destaca de manera peculiar. No resulta extraño que naciones construidas a partir de fuertes aportes migratorios hayan recibido perseguidos, ya que entre las oleadas de inmigrantes muchos huían de amenazas políticas, religiosas o étnicas. No es el caso de México en donde ha sido escasa la presencia de inmigrantes extranjeros. Antes que una nación de inmigrantes, México ha sido un país de emigrantes y, a pesar de ello, de manera constante se advierte la presencia de perseguidos políticos.

A lo largo del siglo xx, México promulgó leyes migratorias restriccionistas y, en algunos momentos, abiertamente prohibicionistas. Sin embargo, esas normas siempre dejaban abierta la puerta a los perseguidos políticos. ¿Cómo explicar esta peculiar característica de constituir un territorio de refugio en un entorno de políticas migratorias que instituían fuertes barreras a la migración? Encontrar respuestas a esta pregunta remite a antecedentes históricos y a decisiones políticas tomadas en contextos políticos específicos.

La transformación social que inauguró la Revolución de 1910, colocó a México a la vanguardia del pensamiento y la acción de sectores de la izquierda latinoamericana. La puesta en marcha de un programa que contempló el reparto de tierras a campesinos, la consagración de derechos laborales, la defensa de un laicismo radical, la implementación de innovadoras políticas educativas y culturales, junto a una política exterior que desafió a los centros del poder internacional, hicieron de México un faro que alimentó la ilusión de que era posible edificar un mundo más justo. Un mundo que asistía a la devastación europea durante la Primera Guerra Mundial y a la consecuente desintegración de antiguos imperios como el austrohúngaro y el otomano. El mapa europeo fue redibujado, y en su extremo oriental el triunfo de la revolución bolchevique alimentó expectativas de transformación social que, en América Latina, ensancharon las que dibujaban los revolucionarios mexicanos. También, la Revolución de 1910 fue contemporánea a la consolidación del imperio norteamericano y, en buena medida, a la sombra del enfrentamiento con Estados Unidos, México afianzó su imagen de nación que orgullosamente resistía los embates del poderoso vecino, prometiendo cumplir un programa que había cristalizado en la Constitución de 1917.¹

La conflictiva relación con Estados Unidos vigorizó el latinoamericanismo mexicano, esto es, la convicción de compartir un universo histórico y cultural capaz de nutrir la utopía de un futuro también común. Desde 1914, los revolucionarios carrancistas fueron sensibles a los problemas de una América Latina que

acusaba el impacto de políticas intervencionistas de Estados Unidos. Esas políticas, por ejemplo, presionaron para que el continente acompañara la decisión del presidente Woodrow Wilson de ingresar a la Primera Guerra Mundial. México fue de los pocos países que sostuvo su neutralidad, y esta decisión abrió el cauce a la recepción de los primeros perseguidos políticos que llegaron al México revolucionario.

Slackers

Desde antes del estallido revolucionario, la presencia y las acciones de los líderes del Partido Liberal Mexicano exiliados en Estados Unidos, despertaron simpatías en sectores de la izquierda norteamericana nucleados en torno a organizaciones anarquistas y socialistas. Cuando el levantamiento maderista selló la suerte de la dictadura porfiriana y emergió el zapatismo como una de las facciones más radicales, los anarquistas en Estados Unidos, organizados en la Industrial Workers of the World (IWW), no escatimaron solidaridad con los magonistas, ni disimularon simpatías por el zapatismo.² Tampoco faltaron voces y plumas solidarias de las filas del Partido Socialista y de grupos progresistas cuando villistas y zapatistas combatieron contra el ejército de Victoriano Huerta tras los asesinatos de Francisco I. Madero y José María Pino Suárez.

Estas redes de solidaridad allanaron el camino para muchos norteamericanos que desobedecieron al llamado para alistarse en el ejército, una vez que, en abril de 1917, el presidente Wilson decidió abandonar la política de neutralidad y declarar la guerra a

los Imperios Centrales. Para escapar del reclutamiento obligatorio, entre seis y siete mil desertores cruzaron la frontera y, por diferentes rutas, se internaron en México.³ Muchos fueron objetores de conciencia, pacifistas, militantes o simpatizantes socialistas y anarquistas que se opusieron con firmeza al ingreso de Estados Unidos a la guerra europea. Sobre ellos recayó el peyorativo mote de *slackers* (vagos, haraganes), lanzado por las autoridades y reproducido por la prensa belicista del vecino país. Lo cierto es que en México, como apuntó José C. Valadés, *slacker* “era el estadounidense que ya por sus ideas o por miedo había huido de Estados Unidos para no concurrir a la guerra”.⁴ Y en México, bajo el gobierno de Venustiano Carranza, en una coyuntura de acrecentado enfrentamiento con Estados Unidos, estos perseguidos encontraron refugio y, en ciertos casos, francos apoyos. El socialista neoyorkino Charles F. Phillips, estudiante de periodismo en la Universidad de Columbia, huyó a México en mayo de 1918, después de haber sido detenido por su militancia pacifista y de resistir una primera orden de enrolamiento militar.⁵ Muchos años después, en sus memorias, explicó la paradoja de ser un norteamericano refugiado en un México donde los *gringos* no gozaban de muchas simpatías. Sucedió, apuntó, que “nosotros éramos gringos diferentes. Como refugiados del poder bélico norteamericano, éramos enemigos del *establishment* estadounidense y, en consecuencia, amigos de México”.⁶ Provenientes de tradiciones y experiencias diferentes en la izquierda estadounidense, los *slackers* conformaron una comunidad integrada, entre otros, por el propio Phillips (también conocido

como Frank Seaman), por Manuel Gómez y Charles Shipman, junto con los periodistas Mike Gold (seudónimo de Isaac Granich), Carleton Beals y Linn A. E. Gale, a la que se sumó Martin Paley (seudónimo de Herman P. Levine), activista sindical afiliado a la IWW, así como los artistas y dibujantes Henry Glintenkamp y Maurice Becker. Algunos encontraron empleo en la prensa nacional. Por ejemplo, Charles Phillips, Mike Gold y Henry Glintenkamp trabajaron en *El Heraldo de Mexico*, periódico fundado por el general Salvador Alvarado, y Linn A. E. Gale continuó con la publicación de su *Gale's Magazine*, revista clausurada por las autoridades norteamericanas y que reinició su edición en México, subsidiada por la Secretaría de Gobernación del gobierno carrancista, y luego por la Confederación Revolucionaria Obrera de México, liderada por Luis Morones. La mayoría de estos perseguidos regresaron a su país después de firmado el Armisticio europeo en noviembre de 1918. Los pocos que permanecieron destacaron por su activa participación en la fundación y expansión de organizaciones comunistas en México y en América Central. Desde su llegada se vincularon con anarquistas y socialistas mexicanos y con perseguidos de otras latitudes que también se refugiaron en México, como fue el caso del nacionalista hindú Manabendra Nath Roy quien había sido expulsado de Estados Unidos.⁷ La Revolución Rusa había triunfado y de inmediato se esparcieron por el mundo emisarios soviéticos con la finalidad de promover la fundación de organizaciones afines al Partido Bolchevique y para que se adhirieran a las directrices de la III Internacional Comunista, fundada por iniciativa

de Vladimir I. Lenin en 1919. Mijail Gruzemberg, mejor conocido como Mijail Borodín, fue el enviado soviético que llegó a México. Después de establecer contactos y llegar a acuerdos con militantes de la izquierda fue responsable, en 1919, de la fundación del Partido Comunista Mexicano (PCM), organización que, en un primer momento, tuvo entre sus promotores al hindú Roy y al estadounidense Phillips.

La militancia comunista colocó a estos refugiados en abierta oposición a los gobiernos posrevolucionarios. Fue así que el involucramiento en los asuntos de política interna condujo a expulsiones ordenadas por el presidente Álvaro Obregón en 1921. Gale regresó a Estados Unidos, no así Phillips, quien enfiló para Guatemala donde se involucró con sectores de izquierda que, tiempo más tarde, fundarían el Partido Comunista Guatemalteco.⁸ Phillips reingresó a México de manera clandestina y retomó su militancia en las filas del PCM. Hacia 1923 regresó a su país, sin dejar de mantener estrechas relaciones con el comunismo mexicano, particularmente a partir de un espacio como la Liga Antimperialista Panamericana creada en 1924, luego llamada Liga Antimperialista de las Américas (LADLA), de la que fue uno de sus fundadores y donde convergieron figuras de un amplio exilio latinoamericano que recaló en México por aquella década.

Universitarios y líderes políticos

En los años veinte, México alcanzó uno de los momentos cumbre de su proyección continental. Dos circunstancias convergieron para que ello ocurriera. Por un lado, las gestiones de José Vasconcelos, primero desde la rectoría de la Universidad Nacional y, más tarde, como secretario de Educación Pública, sellando un pacto de los intelectuales con la Revolución, al servicio de una reforma educativa y cultural sin precedentes en la América Latina de entonces.⁹ Por otro lado, aquellas gestiones se instalaron en un escenario latinoamericano sensible a propuestas como las mexicanas, cuyas ideas regeneradoras terminaron encontrándose con otras surgidas por el ascenso e incorporación a la política de un sector de clases medias, empeñado en impugnar el ordenamiento político vigente. Se trató de la juventud universitaria acompañada de una legión de intelectuales integrantes de la llamada *Generación de la Reforma*.

La *Reforma* estalló en Argentina. Hacia 1918, la Universidad de Córdoba era gobernada por un rancio tradicionalismo clerical. Una mediocre camarilla de

profesores acordonaba la institución contra cualquier atisbo de pensamiento crítico. El movimiento estudiantil reclamó el derecho de participar en el gobierno universitario y exigió la libertad de cátedra. Al calor de la lucha, los estudiantes fueron ampliando los reclamos y el programa reformista comenzó a radicalizarse. El descontento ganó las calles. Extendió sus demandas desplegando banderas antimperialistas, antilatifundistas y democratizadoras que objetaban el papel de la jerarquía de la iglesia católica y de los militares en tanto garantes del orden conservador. La *Reforma* se expandió desde Córdoba a distintas ciudades argentinas y sus ecos pronto resonaron en otras naciones latinoamericanas.¹⁰

Esta movilización universitaria fue interceptada por una política exterior carrancista interesada en despertar simpatías en el sur del continente. En México, la amenaza norteamericana recrudesció una vez terminada la Primera Guerra Mundial. En ese contexto, los revolucionarios mexicanos desplegaron una estrategia hacia América Latina, misma que trascendió fórmulas declarativas para cristalizar en acciones concretas a cargo de diplomáticos y enviados especiales. El objetivo era orientar la opinión pública de las naciones sudamericanas hacia posiciones solidarias con México y su revolución, tratando de contrarrestar las informaciones que esparcían las agencias de noticias y el cinematógrafo estadounidense, empeñados en mostrar un México gobernado por bandidos y arrojado a una espiral de violencia que sólo podía detenerse mediante una intervención extranjera. Los hombres del carrancismo se propusieron mostrar a la Revolución

y su programa como un proyecto refundador, atento a los problemas heredados por treinta años de dictadura porfirista. Esta diplomacia caló hondo en los sectores universitarios de América Latina entusiasmados por la visita de intelectuales y estudiantes mexicanos. La caída del gobierno de Carranza no significó el abandono de la avanzada diplomática, al contrario, los postulados de la Revolución alcanzaron una extraordinaria difusión con la llegada a la presidencia de Álvaro Obregón y la incorporación de José Vasconcelos al gabinete presidencial.

Vasconcelos conectó los anhelos de transformación que prometía la Revolución de 1910 con el espíritu de la *Reforma universitaria*. Las ideas de Vasconcelos estaban dirigidas a la juventud, convencido de que en ella radicaba una voluntad colectiva dispuesta a conducir el tránsito hacia formas de convivencia social alejadas de autoritarismos, privilegios económicos y dogmas religiosos. Los jóvenes universitarios fueron los interlocutores naturales, y a ellos se dirigió convocándolos a participar de una experiencia cuya originalidad no tenía precedentes. Vasconcelos recuperó las banderas de la “revolución estudiantil”,¹¹ como llamó a las jornadas protagonizadas por los universitarios argentinos en 1918. Todo parecía indicar que la hora americana había sonado.

Los desafíos de Vasconcelos al despotismo de militares, sacerdotes y latifundistas se materializaron en condenas directas a dictadores y en muestras de franca solidaridad. La firmeza de estas convicciones condujo a la apertura del país a opositores políticos provenientes de naciones agredidas por dictaduras e

intervenciones norteamericanas. Despojado de formalidades protocolarias, Vasconcelos convocó a universitarios de México y América Latina. El combate a las tiranías fue uno de los afluentes que nutrió su liderazgo intelectual. Una clara muestra de ello fue la condena a la dictadura de Juan Vicente Gómez, instaurada en Venezuela en 1908.

En octubre de 1920, con motivo de la conmemoración del Día de la Raza, Vasconcelos, entonces rector de la Universidad Nacional, frente al cuerpo diplomático, autoridades del gobierno y estudiantes, lanzó un duro ataque a los tiranos latinoamericanos, entre ellos, refirió a Venezuela donde gobernaba Juan Vicente Gómez, “el más monstruoso, el más repugnante y el más despreciable de todos los déspotas que ha producido nuestra infortunada estirpe” por la manera despiadada con la que reprimía, torturaba, encarcelaba y asesinaba a sus opositores. “Los estudiantes de México deben recordar que sus hermanos los estudiantes de Venezuela han sido encarcelados y perseguidos, y los que han podido escapar a la venganza del menguado, se educan en la abyección, en el silencio y en el temor”.¹² El rector demandó a los estudiantes mexicanos estrechar contactos con sus compañeros de América Latina para protestar contra la dictadura de Gómez. Aquello fue un escándalo diplomático. Las autoridades venezolanas exigieron disculpas oficiales, mientras Vasconcelos recibía muestras de adhesión y solidaridad. Declaró: “La verdad no pide disculpas”. Después interrogó: “¿en dónde está el impulso y el ardor de la juventud [...], o es que se van a asustar todos, como se asusta el burgués, porque ha

sido insultado un verdugo?”¹³ Anunció que renunciaba al rectorado, pero el presidente provisional, Adolfo de la Huerta, rechazó la dimisión. Autoridades del gobierno nacional, legisladores, intelectuales y estudiantes apoyaron al rector, y a esos apoyos se sumaron estudiantes venezolanos que ya estaban exiliados en México y otros en Estados Unidos, Cuba, Santo Domingo y Panamá.¹⁴

En abril de 1921, el asunto de Venezuela volvió a ocupar a los universitarios. La noticia del encarcelamiento de más de medio centenar de estudiantes caraqueños destrabó una importante movilización en México, en momentos en que los estudiantes venezolanos pretendían reorganizar su disuelta Federación Universitaria. La Federación de Estudiantes de México asumió una actitud combativa, retomando un nuevo exhorto de Vasconcelos:

La Universidad de México, hondamente conmovida por la infamia que se comete en las personas de estudiantes latinoamericanos, levanta su voz de denuncia e invita a los intelectuales de todo el continente y a las universidades de la América del Norte y de la América del Sur para que hagan presión sobre sus respectivos gobiernos, con el objeto de que se llegue pronto a una solución radical, para que Venezuela, nuestra hermana martirizada, torne a ser libre y grande.¹⁵

Una gran manifestación recorrió las calles céntricas de la ciudad de México, y un buen número de mítines se organizaron en ciudades del interior.¹⁶

Juan Vicente Gómez fue el prototipo de dictador latinoamericano. Formado en las guerras caudillistas de las últimas décadas del siglo XIX y convertido en el lugarteniente del general Cipriano Castro, terminó destronando a su mentor para dirigir los destinos de Venezuela hasta su muerte en 1935. A lo largo de casi tres décadas, diferentes oleadas de opositores partieron a un exilio que tuvo variados emplazamientos: unos se dirigieron a Europa, otros a Estados Unidos, y un numeroso grupo a Panamá, Colombia, Costa Rica, Cuba, Santo Domingo, Puerto Rico, Trinidad, Curazao y México. Fue un exilio variopinto en el que confluyeron desde caudillos militares de cuño liberal, como el propio Cipriano Castro, hasta jóvenes universitarios adscritos a diferentes corrientes liberales y democráticas de una naciente izquierda que, en algunos casos, derivaron hacia posturas marxistas de matriz soviética. En sus etapas más tempranas, este prolongado y heterogéneo exilio promovió espacios de asociación partidista, algunos vinculados a liderazgos de raigambre decimonónica como fue el caso de la Junta Patriótica, constituida en Nueva York hacia 1911. Con el correr de los años surgieron organizaciones partidistas, la más relevante fue el Partido Revolucionario Venezolano (PRV), fundado en México en 1926, antecedente inmediato del Partido Comunista de Venezuela.

Los llamados de Vasconcelos y, sobre todo, la decisión política de Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles de dar refugio a estos perseguidos, convirtió al país en uno de los centros de una dilatada red transnacional de perseguidos venezolanos. En este contexto, entre otros, llegaron el jurista y sociólogo Carlos León

tras ocho años de encierro en la tristemente célebre prisión de La Rotunda; y el líder estudiantil Miguel Zúñiga Cisneros que, en 1921, fue el representante de los universitarios venezolanos en el Congreso Internacional de Estudiantes al que convocó Vasconcelos, y al no poder regresar a su país, optó por permanecer en México. La Secretaría de Educación Pública (SEP) le otorgó una beca que le permitió concluir sus estudios de medicina. Junto a estos perseguidos también arribó el abogado y ensayista Salvador de la Plaza, igualmente preso en La Rotunda, quien logró exiliarse en París para luego dirigirse a La Habana y viajar a México en 1925. Un recorrido similar hizo el abogado Antonio Machado, exiliado en México entre 1926 y 1929. Distinto fue el caso de Humberto Tejeda, abogado, escritor y periodista que llegó perseguido en 1920 y vivió en México hasta su muerte en 1971. Fue un asiduo colaborador de la SEP en la capacitación magisterial y profesor de derecho internacional en la Universidad Nacional.

Estos exiliados constituyeron el núcleo fundador del PRV, espacio de recepción de ideas y acción política marxista que se proyectó hacia Venezuela cuando, en distintos momentos y junto a otros exiliados, emprendieron el camino del retorno. Este destierro dejó huellas de su militancia en escritos publicados en distintos formatos, uno de ellos fue la revista *Libertad*, órgano oficial del PRV que dirigió Salvador de la Plaza. Este primer exilio venezolano se decantó hacia posiciones de izquierda, tomando distancia de núcleos de perseguidos en otras latitudes, para quienes el horizonte programático muchas veces se reducía a

la sola destitución del dictador. En el caso del PRV, ese objetivo marcaba la ruta para emprender un vasto programa de reformas sociales y económicas orientadas a la construcción de un nuevo orden social.¹⁷ Si en algo coincidió este exilio de izquierda con otros desterrados venezolanos fue en la planeación de invasiones armadas y, en este sentido, México no sólo fue terreno para la organización y difusión de programas políticos, también fue espacio para la confabulación y ejecución de acciones militares, muchas de ellas apoyadas por las autoridades. Con la anuencia de funcionarios, jefes militares y autoridades locales, se contribuyó con armas, dinero y combatientes en varias iniciativas tendientes a desembarcar en las costas venezolanas para iniciar una insurrección armada. Las más importantes, aunque todas fracasadas, acontecieron en 1929 cuando se asaltó la guarnición de la isla de Curazao para desde allí enfilarse hacia Venezuela. En esta expedición, la militancia del PRV tuvo una fuerte participación y en ella Gustavo Machado ocupó un lugar de primer orden. Otro episodio similar sucedió en 1931, cuando un grupo de expedicionarios a bordo del barco *Superior*, muchos de ellos mexicanos, partió de costas yucatecas para, semanas más tarde, ser detenidos por militares venezolanos tras una breve escaramuza.¹⁸ Durante los tempranos años veinte, el enfrentamiento con Washington animó a los gobiernos mexicanos a desafiar su intervencionismo y, en consecuencia, a sostener una activa solidaridad con iniciativas políticas de perseguidos latinoamericanos. Dicha solidaridad llegó al límite de la ruptura de relaciones diplomáticas con Venezuela en 1923, prolongada durante una década.

Entre tanto, nuevos exiliados comenzaron a llegar, buena parte de ellos, dirigentes estudiantiles fogueados en las luchas del reformismo universitario. En 1923, enfrentado a la dictadura que encabezaba Augusto Leguía, desembarcó Víctor Raúl Haya de la Torre, presidente de la Federación de Estudiantes de Perú y promotor de las universidades populares González Prada, emprendimientos de extensión universitaria dirigidos a sectores obreros y campesinos. Haya de la Torre se dirigió primero a Panamá y desde allí solicitó ayuda a José Vasconcelos, quien no tardó en apoyarlo financiando su traslado. Cuba fue una escala en el viaje a México, y en La Habana conoció a Julio Antonio Mella, líder de los universitarios cubanos, promotor de la Universidad Popular José Martí (iniciativa que recogía la experiencia peruana) y futuro integrante del núcleo fundador del Partido Comunista de Cuba en 1925.

En noviembre de 1923, Haya de la Torre llegó a México. Por breve tiempo trabajó como asistente de Vasconcelos en la SEP, además de colaborar en el programa de Misiones Culturales. Este fue el primer exilio mexicano de Haya de la Torre que se prolongó hasta mediados de 1924, cuando viajó a Moscú. Residió un par de años en Europa para regresar a México a finales de 1927. Entonces, la dictadura de Leguía había expulsado a otros universitarios como Jacobo Hurwitz, Nicolás Terreros, Esteban Pavletich y la escritora Magda Portal. Con ellos y otros exiliados peruanos, Haya de la Torre promovió la creación de secciones de la APRA en América Latina (Alianza Popular Revolucionaria Americana), organización que había nacido en París

un año antes, en la estela de una serie de iniciativas antimperialistas en las que participó el propio Haya de la Torre.

La APRA tuvo una expansiva presencia en el continente; mientras que en Perú, convertida en partido político en 1930, devino en uno de los ejes sobre los que gravitó la vida política de aquel país durante el pasado siglo.¹⁹ La experiencia mexicana jugó un papel destacado en la formulación del programa aprista, reclamando la formación de un amplio frente multi-clasista que, entre otros tópicos, bregara por la nacionalización de las tierras y las industrias, la unidad política de América Latina y el combate al imperialismo. Durante su segundo exilio mexicano, estas líneas programáticas convirtieron a Haya de la Torre en protagonista de importantes polémicas que dejaron huella en la historia del pensamiento político de la izquierda latinoamericana.

México fue una escala obligada para muchos perseguidos por regímenes impuestos por el *Big Stick* norteamericano. En momentos en que el gobierno de Plutarco Elías Calles enfrentaba la presión de Washington que exigía modificar la política de nacionalización del petróleo a la que obligaba la Constitución de 1917, el nicaragüense Augusto César Sandino, ex-trabajador en campos petroleros veracruzanos, se alzó en armas para combatir a los *marines* norteamericanos que desembarcaron en su país para apoyar el golpe de Estado que encabezó Emiliano Chamorro, caudillo del Partido Conservador, contra el liberal Emilio Sacasa. Al frente del llamado Ejército Defensor de la Soberanía Nacional, Sandino se convirtió en referente

del antimperialismo, y a esa lucha México contribuyó con armas y dinero proporcionado por el gobierno,²⁰ además de otorgarle protección cuando, en 1929, ingresó al país clandestinamente en busca de renovados apoyos para continuar su gesta.

La campaña del “General de Hombres Libres” como Henri Barbusse llamó a Sandino, impulsó, por un lado, el activismo de espacios políticos como la LADLA que, como se indicó, fue fundada en 1924 en estrecha relación con el PCM; y por otro lado, condujo a la constitución de otras organizaciones como el Comité Manos Fuera de Nicaragua (MANFUENIC), creado en 1928 y presidido por el peruano Jacobo Hurwitz, y la Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA), fundada en 1927 y liderada por el exiliado venezolano Carlos León, acompañado del periodista salvadoreño Amado Chaverri Matamoros y por Alejandro Sux (seudónimo de Alejandro J. Maudet), escritor y periodista argentino editor de *La Batalla*, publicación de esta organización cuyo programa estuvo anclado en posturas antimperialistas y de promoción de la unidad continental.²¹

En la estela de la lucha de Sandino se constituyó un entramado de espacios políticos por donde transitaban muchos latinoamericanos que, más allá de las diferencias políticas, compartían la condición de perseguidos políticos de regímenes dictatoriales, algunos bajo directa tutela norteamericana. Fue así que, en 1928, llegó a México Joseph Jolibois Fils, una de las figuras intelectuales más destacadas del nacionalismo haitiano fraguado en la lucha contra la ocupación de los *marines* estadounidenses. Director del periódico

Le Courrier Haïtien y dirigente de la Unión Patriótica Haitiana,²² este exilado pronto anudó relaciones con desterrados de otras latitudes nucleados en la UCSAYA, entre ellos, el boliviano Gustavo Navarro, mejor conocido como Tristán Marof, ensayista y periodista, fundador del Partido Socialista en Bolivia, perseguido por el gobierno de Hernando Siles. Encarcelado en su país, logró huir y refugiarse una temporada en Perú, luego viajó a Cuba para desde allí enfilarse a México que, “en ese instante –escribió– halagaba mis oídos con su revolución”.²³ Con la ayuda de Carlos Trejo Lerdo de Tejada, el embajador mexicano en La Habana, Marof llegó a México en 1928. Desarrolló una activa vida política e intelectual en las filas de la izquierda mexicana y en las redes del exilio latinoamericano. Fue profesor de Historia en la Universidad Nacional y se integró al Instituto de Investigaciones Económicas que fundó Jesús Silva Herzog en 1929. En este espacio académico dedicado al estudio de la cuestión agraria y petrolera, transitaban, entre otros, el cubano Julio Antonio Mella, el peruano Víctor Raúl Haya de la Torre y el venezolano Manuel Machado. Desde una perspectiva marxista, Marof se aproximó a la Revolución Mexicana para caracterizarla como pequeña burguesa, aunque reconociendo el elevado componente popular y la radicalidad de sus propuestas. En su libro *México de frente y de perfil*, reflexionó sobre el carácter y alcance del estallido de 1910 y recuperó la gesta zapatista en tanto impulso para una transformación social que careció de dirección doctrinaria: “he aquí su error y su fracaso”, sentenció.²⁴ Como otros intelectuales latinoamericanos en la década de los veinte, consideró a la

Revolución un “experimento excepcional en el continente sobre el que debemos reflexionar seriamente”.²⁵ Si la revolución soviética marcaba el camino al socialismo, la mexicana era valorada como ejemplo para una transformación que fuera capaz de aprovechar las peculiaridades de sociedades coloniales de base rural y fuerte presencia indígena; sociedades en las que sobrevivían prácticas comunitarias que era necesario recuperar en cualquier programa revolucionario.

México, a través de los exilios, fue un terreno donde se diferenciaron campos de representación de proyectos de transformación social. La recepción de ideas emanadas de la Rusia soviética dibujó una gradiente desplegada entre adhesiones acríticas a los dictados de Moscú, hasta fórmulas heterodoxas interesadas en pensar estrategias políticas a partir de las singularidades del pasado del continente. Marof se movió entre estos extremos que, hacia finales de los años veinte, se personalizaron en las figuras de Víctor Raúl Haya de la Torre y Julio Antonio Mella.

Mella llegó a México en 1926. Referente de la lucha estudiantil y uno de los dirigentes del recién fundado Partido Comunista de Cuba, muy pronto su militancia lo convirtió en blanco de la represión del gobierno de Gerardo Machado. Encarcelado en 1925, inició una huelga de hambre que desató una ola de solidaridad en diferentes latitudes de latinoamericana. En México, el senador Luis Monzón solicitó al presidente Plutarco Elías Calles otorgarle asilo a Mella. Desde las filas del PCM se desplegó una campaña, capitaneada por Diego Rivera, para exigir su libertad. Una vez en México, Mella se incorporó a las filas del PCM hasta

integrar su dirigencia. En los pocos años que residió en México desarrolló una intensa vida política. Trabajó en la redacción de *El Machete*, el periódico del PCM, además de colaborar como articulista. Participó en la LADLA junto a Diego Rivera y a los exiliados venezolanos Salvador de la Plaza, Gustavo y Eduardo Machado. Fue el editor de *El Libertador*, órgano de prensa de la LADLA; además fue uno de los fundadores y dirigentes de la Liga Nacional Campesina en México y, en representación de esta organización, viajó a Europa y a Rusia para asistir a diferentes congresos y reuniones vinculados con la Internacional Comunista. En Bruselas, hacia 1927 y en el marco del Congreso Mundial contra el Imperialismo y la Opresión Colonial, presidido por el líder comunista alemán Willi Münzenberg, Mella coincidió con Haya de la Torre, con quien discutió sobre las estrategias políticas de la lucha en América Latina, inaugurando una disputa que desembocaría en la fundación de la APRA como una organización diferenciada y enfrentada a las posiciones comunistas. En 1928 aquellas polémicas se amplificaron cuando Haya de la Torre y Mella volvieron a coincidir en México.²⁶ Ya de regreso, Mella se encontró con nuevos emigrados cubanos que huían de la persecución en la isla. Junto a Leonardo Fernández Sánchez, Gabriel Barceló y Sandalio Junco, entre otros, fundó la Asociación de Nuevos Emigrados Revolucionarios Cubanos en un esfuerzo por coordinar fuerzas antimachadistas. Al calor de la solidaridad con la campaña de Sandino en Nicaragua, también alimentó la idea, nunca concretada, de constituir un contingente de expedicionarios que se dirigieran a Cuba para derrocar a Machado. En

esta vorágine de actividades, estuvo acompañado de su compañera Tina Modotti quien, desde la bohemia artística norteamericana, transitó hacia las filas del comunismo, en un recorrido que testimonian muchas de las imágenes que esta fotógrafa capturó en las calles de la ciudad de México.

Hacia 1928, las redes de la APRA en América Latina y las del comunismo entraron en abierta competencia. Los mandatos de Moscú, a partir de las resoluciones del VI Congreso de la Internacional Comunista, obligaron a un cambio de estrategia. En la lucha revolucionaria, los comunistas abandonaron la idea de constituir un frente multclasista para enfrentar al imperialismo, y en su lugar, alentaron una política denominada de “clase contra clase” que, en los hechos, significó romper toda posibilidad de diálogo con socialistas y liberales progresistas. El sectarismo comunista se contrapuso a la propuesta aprista que, con claras referencias a la experiencia del Kuomintang en China, propugnó por incorporar a las clases medias, a los intelectuales y al campesinado, en una lucha que no tendría como objetivo prioritario transitar al socialismo sino, entre otros asuntos, colocar bajo soberanía nacional la explotación de recursos naturales que habían sido enajenados por el imperialismo. En este programa, México resultaba paradigmático, tanto por lo que instituía la Constitución de 1917 en materia de recursos del subsuelo, como por el clamor de poner fin al latifundio a través de un reparto agrario que recuperaba el reclamo de los zapatistas.

Haya de la Torre tomó distancia del clasismo comunista para mostrarse dispuesto a anudar alianzas con fuerzas políticas que, bajo la mirada de los comu-

nistas, eran nutrientes de un fascismo latinoamericano. En abril de 1928, Mella publicó su célebre folleto *¿Qué es el ARPA?* donde sostuvo que sólo los obreros urbanos constituían el sujeto revolucionario, rechazando cualquier posibilidad de reconocerle potencia revolucionaria a otros sectores sociales. No había mejor ejemplo del fracaso de la estrategia aprista que la propia Revolución Mexicana, traicionada por la burguesía y entregada a los dictados del imperialismo.²⁷

Los exilios en México delimitaron un espacio fecundo en ideas y proyectos políticos atravesados por tópicos como el antimperialismo, el anticlericalismo, el antilatifundismo y el latinoamericanismo, asumidos desde perspectivas heterogéneas como el socialismo, el indigenismo, el nacionalismo y las diversas lecturas del marxismo en clave latinoamericana. Por la vía de los exilios confluyó en la ciudad de México un núcleo de militantes de la izquierda latinoamericana que confrontaron posiciones políticas y experiencias con sus compañeros mexicanos y también con comunistas y socialistas norteamericanos. Como ya se apuntó, algunos de estos últimos llegaron perseguidos durante la Primera Guerra Mundial, pero otros se expatriaron voluntariamente atraídos por las promesas revolucionarias que invitaban a experimentaciones en los terrenos de la política y las artes. Un grupo de intelectuales y artistas estadounidenses se instaló en la capital del país, entre ellos, el fotógrafo Edward Weston y su entonces compañera Tina Modotti, el escritor Carleton Beals, el pintor Pablo O'Higgins, la antropóloga Frances Toor, la trabajadora social Mary Louis Doherty, y el líder comunista Beltram Wolfe y su esposa Ella.²⁸ A

ellos se sumaron intelectuales latinoamericanos como la poeta Gabriela Mistral, invitada por Vasconcelos a colaborar en el programa de renovación educativa, y el poeta nicaragüense Salomón de la Selva, que radicado en México fue un activo militante de la causa sandinista. También el colombiano Julio Cuadros Caldas que, de una filiación zapatista en la década revolucionaria, devino en un leal funcionario de los regímenes de Obregón y de Calles, fuertemente comprometido con el agrarismo y la organización campesina.²⁹

Exiliados latinoamericanos, expatriados estadounidenses, viajeros y visitantes extranjeros, articularon una red cosmopolita en donde fraguaron reflexiones y proyectos políticos que marcarían el rumbo del pensamiento y la acción de las izquierdas latinoamericanas durante las siguientes décadas.³⁰ El proceso de transformación que vivía México sirvió de ejemplo, pero también de límite. Las enconadas polémicas y el sectarismo fracturaron el pensamiento de aquella vanguardia hasta privarlo de la riqueza imaginativa que había desplegado.³¹ Además, esto coincidió con el asesinato de Julio Antonio Mella cometido por agentes del gobierno cubano a inicios de 1929, y con una exacerbación de las tensiones entre el PCM y el gobierno de Emilio Portes Gil que condujo a la proscripción del partido y a una rabiosa campaña de persecución sobre sus simpatizantes. La represión a los comunistas alcanzó a los exiliados políticos. Unos fueron encarcelados y otros se vieron obligados a salir del país. Entre estos últimos figuró Tristán Marof, quien no tardó en interpretar aquella coyuntura como el termidor de la Revolución Mexicana. Se preguntaba: “¿Qué diferen-

cia existe entre el gobierno monstruoso de Juan Vicente Gómez y el gobierno de Ortiz Rubio? Ninguna”.³²

Una década de amplia recepción de perseguidos se cerraba, al igual que la tolerancia gubernamental hacia una oposición de izquierda, ahora reprimida por cuestionar las políticas de una dirigencia revolucionaria acusada de estar más inclinada en alcanzar acuerdos con banqueros y petroleros norteamericanos, que en dar cumplimiento al programa revolucionario. Los últimos años de la década del veinte dibujan una línea de corte. A la crisis política derivada del asesinato de Obregón en 1928, se agregó la sacudida económica resultado de la caída de Wall Street y unas elecciones presidenciales en las que José Vasconcelos, candidato perdedor, pregonó por toda América Latina su condición de víctima de un fraude electoral que, a su entender, sepultaba todas las esperanzas de regeneración que había despertado la Revolución. El giro conservador del gobierno cerró un ciclo de exilio, sin que ello fuera obstáculo para que esos mismos gobiernos fueran decididos promotores de la figura jurídica del asilo político como instrumento del derecho interamericano. En la VI Conferencia Panamericana, reunida en La Habana en 1928, quedó definida esa figura diseñada para proteger la libertad y la vida de los perseguidos políticos. México fue uno de los primeros países en ratificar esa primera Convención de Asilo, conducta que encontró continuidad con la ratificación de las subsecuentes Convenciones de 1933 y 1954.³³ México podía endurecer su política interna de cara a opositores de izquierda, sin que ello impactara en una conducta exterior que nunca abandonó la política de asilo.

Muy poco tiempo transcurrió para que las puertas volvieran a abrirse. En los años treinta, México fue la excepción en un continente teñido de dictaduras. Desde Guatemala y el Caribe hasta la Argentina dominaron gobiernos autoritarios y dictatoriales. En mayo de 1932, Perú y México rompieron relaciones diplomáticas por poco más de un año. Entre las razones esgrimidas por el gobierno peruano figuró una supuesta protección que la embajada mexicana pretendió dar a Víctor Raúl Haya de la Torre antes de ser detenido en Lima. En Perú, la muerte del dictador Augusto Leguía abrió la esperanza de una apertura democrática que muy pronto fue cancelada por el gobierno de Luis Sánchez Cerro, quien fue asesinado por un comando del Partido Aprista en abril de 1933. El general Óscar Benavides lo sucedió, y sin poder cumplir sus promesas de pacificación y legalización de la APRA, inauguró un nuevo ciclo de exilios peruanos. A México llegaron, entre otros, los abogados Fernando León de Vivero y Jose B. Goyburu; el agrónomo Alfredo Saco Miró Quesada; y el pintor y ensayista Felipe Cossio del Pomar. Todos ellos integraron el Comité Aprista Peruano en México, con redes que llegaban hasta la presidencia de México, entonces a cargo de Lázaro Cárdenas.³⁴ No sólo apristas peruanos encontraron refugio. Hacia finales de los años treinta, arribó el periodista Genaro Carnero Checa, entonces vinculado al comunismo peruano. Este fue el primero de varios exilios que vivió en México, donde falleció en 1980.

Las adscripciones políticas de estos nuevos desterrados latinoamericanos eran muy variadas, desde referentes del Partido Conservador en Nicaragua

representados, entre otros, por integrantes de la familia Chamorro,³⁵ hasta el plural exilio cubano con figuras como el socialdemócrata Ramón Grau San Martín quien, tras su destitución como presidente de la isla, llegó a México en enero de 1934 junto con un grupo de militantes del Partido Revolucionario Cubano Auténtico. Nacionalistas y liberales democráticos se sumaron a este exilio que incluyó a perseguidos comunistas como el poeta y ensayista Juan Marinello.³⁶ Desde Argentina, también militante comunista, llegó el psicólogo y ensayista Aníbal Ponce después de haber sido despojado de su cátedra universitaria en Buenos Aires.³⁷ Sin duda, en aquellos años treinta, el caso más destacado fue el asilo a León Trotsky y su esposa Natalia Sedova, concedido por el presidente Lázaro Cárdenas a finales de 1936. México fue el único país en el mundo que ofreció refugio al veterano líder bolchevique. Trotsky llegó en enero de 1937 para convertirse en el centro de agrias disputas. Las fuerzas de la izquierda estalinista combatieron su presencia hasta participar en los atentados que condujeron a su asesinato en agosto de 1940, mientras que las fuerzas de la derecha no dejaron de atacar a Cárdenas acusándolo de convertir al país en un refugio para comunistas.³⁸ En realidad, esas disputas fueron parte de un conflicto mayor generado por el ascenso de los fascismos en el mundo europeo y por las fracturas en el movimiento comunista a partir de la consolidación del estalinismo en la Unión Soviética. Los perseguidos trasladaron a México dichas disputas y, de este modo, la solidaridad mexicana fue una sonora caja de resonancia de debates políticos europeos.

Espanoles republicanos

Hasta mediados de los años treinta, el exilio en México fue un fenómeno de carácter personal. Se trató de grupos reducidos de líderes políticos, estudiantes e intelectuales que, a título individual o familiar, conseguían la protección del gobierno mexicano. El estallido de la Guerra Civil en España y la solidaridad con el gobierno republicano marcan un parteaguas en la recepción de perseguidos políticos. En primer lugar, porque nunca antes México había orquestado una operación humanitaria de dimensión internacional que involucró al servicio exterior apostado en las principales capitales europeas y, en segundo lugar, por la dimensión y duración de ese destierro que, al prolongarse durante cuatro décadas, impactó profundamente en la vida social, científica y cultural de México.

El exilio republicano español inauguró la primera experiencia de exilio masivo. Desde 1936, la solidaridad mexicana cristalizó en el envío de armas, municiones, alimentos y medicinas al gobierno republicano.³⁹ Desde el inicio de la Guerra Civil, las simpatías del gobierno de México con la causa republicana orienta-

ron diversas acciones humanitarias. Los estragos de la contienda armada y sus consecuencias en la población infantil, condujeron a las autoridades republicanas a solicitar la colaboración de distintas naciones para dar refugio temporal a niños españoles. Desde marzo de 1937, grupos de infantes partieron hacia Bélgica, Francia, Inglaterra y la Unión Soviética y, en mayo de 1937, el gobierno mexicano se sumó al evacuar a casi medio millar de niños, hijos de combatientes republicanos o huérfanos a causa de la Guerra. El presidente Lázaro Cárdenas y su esposa Amalia Solórzano mostraron personal interés en esta acción humanitaria que se concretó el 7 de junio de 1937 cuando, a bordo del vapor *Mexique*, llegó el contingente de niños españoles al puerto de Veracruz. De inmediato fueron trasladados a la ciudad de Morelia, donde se dispuso de un hogar-escuela en el que iniciaron su vida en México. Lejos de toda previsión, la estadía de los “Niños de Morelia”, como fueron llamados, no fue temporal sino definitiva. La derrota de los republicanos y el éxodo que generó marcó el comienzo de un exilio que se prolongaría por décadas.⁴⁰

Un segundo momento de auxilio para la España republicana fue la empresa que, a finales de 1936, capitanearon dos figuras centrales de la cultura mexicana: el economista e historiador Daniel Cosío Villegas, y el escritor y diplomático Alfonso Reyes. El primero estaba en Lisboa donde se desempeñaba como Encargado de Negocios en la embajada mexicana, y el segundo era el embajador de México en Buenos Aires. El plan consistió en invitar a destacados académicos y científicos españoles a fin de que pudieran continuar con sus labores

interrumpidas o alteradas por la Guerra Civil. La idea contó con el apoyo del presidente Cárdenas, de manera que, a mediados de 1937, se iniciaron las conversaciones que condujeron a la conformación de un primer grupo de académicos invitados a trasladarse a México. Para acogerlos se fundó, en 1938, la Casa de España. Dos años más tarde esta institución se convirtió en El Colegio de México, cuyo origen exiliar y cosmopolita le imprimió un perfil académico distintivo en el panorama de las instituciones mexicanas especializadas en las ciencias sociales y las humanidades.

El número de refugiados se incrementó conforme recrudesció la Guerra Civil, y la verdadera crisis sucedió a inicios de 1939 cuando cayó Barcelona, último bastión de la República. Se calcula que alrededor de cuatrocientos mil españoles cruzaron la frontera hacia Francia en busca de refugio. La mayoría fueron recluidos en campos de detención improvisados y en condiciones de vida muy precarias. Esta situación se agravó a partir de 1940 por la ocupación de Francia a manos del ejército nazi con la complicidad del gobierno francés presidido por el mariscal Philippe Pétain. En el marco de esta colaboración, más de cien mil refugiados decidieron regresar a España, y muchos otros fueron deportados o vivieron bajo la amenaza de ser entregados a las autoridades franquistas.

En los primeros meses de 1939, inició un tercer momento en la historia del refugio español en México. Con el apoyo de organizaciones de los republicanos, el gobierno de Cárdenas comenzó a preparar un operativo de evacuación masiva de refugiados alojados en campos franceses.⁴¹ En mayo de aquel año, la partida

del *Sinaia* con cerca de 1700 refugiados a bordo, inauguró el operativo de evacuación a gran escala; le siguió el *Mexique* con poco más de 2000 republicanos y, más tarde, llegó el *Ipanema* con cerca de un millar de refugiados.

La situación en la Francia ocupada por los nazis obligó a tomar medidas de emergencia. El presidente Cárdenas, en julio de 1940, instruyó al ministro mexicano en Francia, Luis I. Rodríguez, que comunicase al gobierno colaboracionista de Pétain que México estaba dispuesto a aceptar a todos los refugiados españoles residentes en Francia. Rodríguez inició entonces una compleja negociación con el gobierno de Francia que involucró también a los de Alemania e Italia, y concluyó con la firma de un convenio entre México y Francia para garantizar la protección de los refugiados españoles.⁴² Luis I. Rodríguez y Gilberto Bosques,⁴³ cónsul de México en Francia, pusieron en marcha el más vasto operativo en la historia diplomática de México, dirigido al rescate y evaluación de refugiados políticos. Proteger a millares de refugiados obligó a disponer de espacios donde albergar a los perseguidos hasta que se realizaran los embarques a México. El gobierno mexicano rentó en Marsella dos castillos que sirvieron de refugio temporal. En esos lugares se hospedó a refugiados y también se implementaron ingeniosas experiencias de trabajo, estudio, cuidados médicos y de esparcimiento. Hasta 1941, decenas de barcos zarparon desde el sur de Francia y del norte de África trasladando refugiados a México. Concluida la Segunda Guerra Mundial, la operación de rescate continuó desde Lisboa, donde de nuevo Gilberto Bosques se

encargó de auxiliar a los españoles que huían hacia Portugal. Concluyó de este modo un comportamiento ejemplar de México que permitió salvar la vida de más de veinte mil perseguidos políticos.

La composición social de este exilio fue tan diversa como la misma sociedad española: trabajadores, empleados, técnicos, comerciantes, profesionales, amas de casa y estudiantes. En ese universo, destacó un significativo segmento de intelectuales y académicos. La Casa de España no tuvo la capacidad para incorporar a todos los recién llegados, de modo que la Universidad Nacional Autónoma de México, el Instituto Politécnico Nacional, la Escuela Nacional de Antropología e Historia y algunas universidades de los estados, invitaron a los exiliados a incorporarse a sus plantas académicas.

Visto en perspectiva, el emprendimiento que capitanearon Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes, mismo que se ensanchó con la llegada de nuevos académicos, además de su sentido profundamente humanitario, tuvo para México una importante consecuencia en el terreno de las ciencias y la cultura. La presencia de estos exiliados enriqueció instituciones y potenció actividades científicas y humanísticas. La mayoría pudo continuar sus trabajos de investigación y docencia, por consecuencia, formaron a generaciones de discípulos mexicanos en las más variadas ramas del conocimiento. Sus contribuciones se desplegaron en una diversidad de campos, desde la arquitectura y la medicina hasta la ingeniería y la filosofía. Uno de los aportes más trascendentes fue expandir los horizontes disciplinares de las ciencias sociales y las humanida-

des. El derecho, la antropología, la historia, la filosofía, la filología, la crítica literaria y la sociología fueron disciplinas fuertemente impactadas por la presencia de figuras como los historiadores Pedro Bosh Gimpera y José Miranda; los filósofos José Gaos, Eduardo Nicol, Joaquín Xirau y Juan David García Bacca; el antropólogo Juan Comas; el sociólogo José Medina Echevarría; el clasicista y medievalista Agustín Millares Carló; el teólogo José Manuel Gallegos Rocafull y los juristas José Miranda, Manuel Pedroso y Niceto Alcalá Zamora, entre otros.

Este exilio repercutió en diversos espacios de la cultura en México. Si en el cine la figura de Luis Buñuel resulta emblemática, en la plástica sobresalieron Roberto Fernández Balbuena, Enrique Climent y Remedios Varo, entre numerosos pintores, dibujantes y escultores. El territorio de las letras recogió a toda una generación de ensayistas y poetas integrada, entre otros, por José Moreno Villa, Juan Rejano, León Felipe, Luis Cernuda, Max Aub, José Bergamín, Francisco Giner de los Ríos, Enrique Diez-Canedo, Juan Larrea y Manuel Altolaguirre.⁴⁴ Esta legión de académicos influyó notablemente en la industria editorial mexicana y condujo a una expansión de las publicaciones en casi todos los campos del saber: economía, historia, derecho, política, antropología, literatura, filosofía y ciencias. Nuevas casas editoras fueron fundadas, entre ellas, Grijalbo y UTHEA, al tiempo que varios refugiados se incorporaron a los equipos de editoriales ya existentes. Tal fue el caso del Fondo de Cultura Económica, que lanzó nuevas colecciones para dar cabida a la producción de los exiliados y a la publicación de traduc-

ciones de obras clásicas. La investigación en ciencias sociales y humanidades de México y América Latina se benefició cuando las obras de Karl Marx, Max Weber, Leopold von Ranke, Martin Heidegger, Werner Jaeger, Edmund Husserl, John Dewey y Wilhelm Dilthey, entre otras, fueron puestas a disposición de públicos hispanohablantes, gracias a las traducciones a cargo de académicos como José Gaos, Josep Carner, Wenceslao Roces, José Medina Echevarría, Eugenio Ímaz, Vicente Herrero, Manuel Pedroso, Luis Recaséns Siches y Juan Roura Parella.⁴⁵

En suma, la conducta solidaria de México estuvo asentada en las firmes posiciones antifascistas del gobierno de Lázaro Cárdenas, y esa conducta proyectó su carácter ejemplar sobre el conjunto de experiencias de asilo y refugio que desde entonces se sucedieron en el país. México canceló sus relaciones diplomáticas con la dictadura de Francisco Franco para convertirse en un territorio donde los exiliados españoles de todas las corrientes políticas, tuvieron entera libertad para desenvolver sus vidas personales y para desplegar iniciativas políticas y permanentes campañas de denuncia en contra de la barbarie franquista. Por otro lado, el exilio de académicos españoles fue una extraordinaria oportunidad para sentar las bases de un proceso de institucionalización y profesionalización de la vida académica mexicana, al conectar al país con las principales corrientes del pensamiento social y humanista de la primera mitad del siglo xx, promoviendo un diálogo entre enfoques disciplinarios que condujo a una auténtica renovación de formas y contenidos en la investigación y la docencia universitarias.

Desterrados antifascistas

En la estela de esta operación de ayuda a víctimas del fascismo, México otorgó protección a perseguidos de otras nacionalidades. Muchos estaban recluidos en los campos de detención en Francia; otros huían de sus naciones acosados por sus vínculos con la resistencia antinazi. En buena medida, las rutas de escape tuvieron trayectorias similares a las usadas para evacuar a los republicanos españoles. Mientras unos pocos, por razones políticas o profesionales, ya se encontraban en México.

Después de la invasión alemana a Francia, un grupo de franceses residentes en México, como el etnólogo Jacques Soustelle, que era funcionario de la embajada francesa, el médico y aficionado al arte prehispánico Gilbert Médioni y el abogado internacionalista Georges Pinson, entre otros, solicitaron protección al gobierno mexicano para permanecer en el país. Soustelle capitaneó la empresa de organizar un movimiento de apoyo a la Francia Libre que, desde su exilio en Londres, conducía el general Charles de Gaulle. Fue así como se constituyó el Comité Francia Libre de México que,

con el apoyo de la colonia francesa y de la legación británica, se esforzó por difundir información sobre la resistencia antifascista, contrarrestando la propaganda que diseminaba la legación francesa que respondía al gobierno de Vichy en connivencia con la potente red de publicidad del gobierno alemán. El exilio antifascista francés congregó a un par de centenas de perseguidos.⁴⁶ Algunos lograban escapar por el sur de Francia, mientras que otros desarrollaron en México un segundo exilio, como el poeta y novelista Jules Romains y su esposa Lise, que después de residir en Estados Unidos se establecieron en México; al igual que el antropólogo socialista Paul Rivet, fundador del Museo del Hombre de París que, destituido por los nazis, consiguió escapar a Colombia portando la encomienda de coordinar una red de académicos franceses exiliados en América Latina. Llegó a México para desarrollar una intensa labor antifascista y también un importante trabajo académico entre los antropólogos mexicanos. En 1945, Rivet fue uno de los fundadores del Instituto Francés de América Latina, espacio que hasta la fecha destaca por su labor de difusión de la cultura francesa.⁴⁷

A los franceses se sumaron los italianos, una pequeña comunidad de poco más de un centenar de personas que mayormente llegaron desde Europa. En 1941 arribaron el dirigente comunista Mario Montagnana y su esposa Anna María Favero. Antes lo hizo el ex-diputado socialista Francesco Frola, exiliado en Argentina y Brasil cuando ascendió al poder Benito Mussolini, hasta que, en 1938, se trasladó a México. Montagnana y Frola se encontraron con otros italianos refugiados

de la Guerra Civil Española como Vittorio Vidali y Tina Modotti, y fueron los principales animadores de la Alianza Internacional Giuseppe Garibaldi para la Libertad de Italia, organización que, con una propuesta de unidad entre socialistas y comunistas, editó un boletín de prensa y organizó una variedad de actividades y denuncias del nazifascismo al lado de otras organizaciones mexicanas y de desterrados europeos.⁴⁸

Un nutrido núcleo de exiliados europeos fueron alemanes, austriacos y de otras nacionalidades centroeuropeas. En el caso de los austriacos, se estima que llegaron cerca de un millar entre 1938 y 1940.⁴⁹ México, junto con la Unión Soviética, fueron las únicas naciones que condenaron el *Anschluss*, la anexión de Austria a Alemania en marzo de 1938. La protesta oficial de México colocó al país en la mira de los perseguidos que buscaban refugio. Austria pasó a formar parte del *Tercer Reich*, por tanto, dejaron de expedirse pasaportes austriacos. Por este motivo, muchos austriacos arribaron a México con documentos de Alemania, Checoslovaquia, Hungría, Rumania e, inclusive, de Italia. De esta forma, se fue constituyendo en México una comunidad de germano hablantes comprometidos con la lucha contra el nazifascismo.⁵⁰ Muchos de estos refugiados poseían carreras académicas y profesionales. Por ello, su presencia, como la de los españoles republicanos, contribuyó a ampliar las actividades científicas y artísticas de México. Entre estos exiliados figuraron el especialista en arte prehispánico Paul Westheim; la fotógrafa Gertrude Duby; los escritores Bodo Uhse, Anna Seghers y Ludwig Renn; el periodista Erwin Egon Kisch; los arquitectos Hannes Mayer y

Max Cetto; los directores y compositores Ernest Römer, Carl Alwin y Marcel Rubin; la física Trude Kurz; el economista Alfons Goldschmidt y la traductora, literata y crítica de arte Mariana Frenk.⁵¹

La lucha contra el nazismo otorgó unidad a este colectivo de exiliados con orígenes y orientaciones políticas diversas: liberales republicanos, socialdemócratas y comunistas. Sus preocupaciones cristalizaron en distintas realizaciones. Una de ellas, de particular importancia, fue la publicación de la revista *Freies Deutschland* (*Alemania Libre*), cuyas páginas estuvieron dedicadas a denunciar las atrocidades nazis. La revista se publicó mensualmente entre 1941 y 1946. Primero fue dirigida por el periodista y ensayista austríaco Bruno Frei, luego por el escritor alemán Alexander Abusch. Otro emprendimiento fue la fundación del Club Heinrich Heine, asociación de intelectuales antinazis de habla alemana, promovido activamente por la escritora Anna Seghers. Este espacio permitió que los exilados desarrollaran actividades culturales, conferencias, lecturas literarias, obras de teatro y conciertos de música, que ayudaron a instalar en el público mexicano las preocupaciones que alentaban a *Alemania Libre*. Bajo el sello editorial *El Libro Libre* se publicaron más de treinta obras, algunas de ellas convertidas en títulos emblemáticos de las letras alemanas exiladas durante la Segunda Guerra Mundial. Entre ellos: *Exil* de Paul Meyer, *Lidice* de Bodo Uhse y *La séptima cruz y Tránsito* de Anna Seghers.⁵²

En este universo de publicaciones destacó *El libro negro del terror nazi en Europa*, colección de textos, grabados y fotografías patrocinada por el presidente de

México, Manuel Ávila Camacho, y publicada en 1943.⁵³ Editada cuando aún la guerra no estaba definida y en momentos en los que se desenvolvía el exterminio judío, esta obra puede valorarse como el esfuerzo editorial más importante del movimiento antifascista en México. Los exilados de lengua alemana, a través de sus redes políticas, reunieron una vasta colección de ensayos de autores mexicanos y europeos exiliados, movilizados para denunciar con palabras e imágenes aquello que Tomas Mann apuntó en el ensayo que abre el libro: “todo lo que el nacionalsocialismo toca, y lo toca casi todo, se vuelve en sus manos, irremediabilmente, inmundicia”.⁵⁴

A pesar de las hondas diferencias políticas que fracturaron la vida comunitaria de los exiliados europeos, fue posible encontrar mínimas coincidencias para enfrentar el fascismo; aunque hubo una notable excepción. Los perseguidos con una militancia socialista revolucionaria antiestalinista fueron marginados de organizaciones y actividades en las que eran ostensibles las simpatías por el régimen soviético. Acusados de trotskistas por las dirigencias de comunidades de exiliados y por la jefatura del PCM, las trayectorias políticas de estos perseguidos no fueron un obstáculo para el otorgamiento de asilo por parte del gobierno. Entre otros, este fue el caso de Víctor Lvóvich Kibálchich, mejor conocido como Víctor Serge. Este revolucionario de ascendencia rusa-polaca, periodista, novelista y ensayista, con una activa participación en los movimientos libertarios en España y Francia, se adhirió luego a la Revolución Rusa hasta su rompimiento con Stalin. Perseguido y encarcelado en 1928,

consiguió librar las prisiones soviéticas para exiliarse en Francia hasta que el avance de las tropas alemanas lo colocó en una situación límite. La intermediación de amistades norteamericanas ante el presidente Lázaro Cárdenas hizo posible que se extendieran visas para él y su hijo Vlady, el futuro artista plástico. Llegaron a México en 1941 y, un año más tarde, lo alcanzó su esposa Laura Valentini Corsa, conocida como Laurette Séjourné, arqueóloga y antropóloga de origen italiano, y su hija Jeannine. Poco antes de su muerte, en 1947, escribió Serge: “en las calles de México experimento la sensación singular de no estar ya fuera del derecho. De no ser ya el hombre acosado, emplazado de cárcel o desaparición”.⁵⁵ Al igual que Serge, otros militantes antiestalinistas encontraron refugio en México, entre ellos, el francés Marceau Pivert, el alemán Gustav Regler y el español Julián Gorkin, seudónimo de Julián Gómez García.

A diferencia del exilio republicano español, la experiencia exiliar de los alemanes, austríacos y otros centroeuropeos tuvo una duración menor. Algunos cálculos indican que esta comunidad habría alcanzado cerca de dos millares de personas.⁵⁶ La mayoría abandonó México cuando el final de la guerra hizo posible el regreso a Europa.

Un segmento de ese exilio reconocía orígenes judíos. Una de las mayores paradojas de la política de refugio en México fue la distancia entre la acogida a los republicanos españoles y el rechazo a aceptar perseguidos judíos por el nazismo. Gran parte del exilio de lengua alemana ingresó a México como víctimas de persecución política y no por su ascendencia judía.

Algunos fueron parte del contingente de republicanos españoles, puesto que habían participado en la Guerra Civil como integrantes de las Brigadas Internacionales. Otros lo hicieron desde Estados Unidos, una vez que el gobierno norteamericano se negó a renovar visados por los antecedentes izquierdistas; otros, huyendo del avance del ejército nazi, pudieron tramitar protección diplomática mexicana desde Francia o Portugal. Como lo ha demostrado Daniela Gleizer, gran parte de estos exiliados de origen judío contó con el apoyo de redes políticas vinculadas a los partidos comunistas y, en menor medida, socialistas. Figuras y organizaciones mexicanas de filiación izquierdista integraban esas redes que fueron responsables de gestionar el otorgamiento de los visados ante las autoridades mexicanas. El exilio germano hablante en México contó con los recursos materiales, profesionales y simbólicos para insertarse en un entramado de vínculos transnacionales de solidaridad que facilitaron la huida de Europa. En gran medida, los exiliados fueron figuras públicas, académicos, intelectuales, periodistas y artistas, en quienes su condición de judíos no determinó la posibilidad de recibir protección mexicana. Muy distinto fue el tratamiento que recibieron los perseguidos por su ascendencia judía, hombres y mujeres sin actividades o profesiones destacadas, gente común, con muy débiles o inexistentes vínculos solidarios que les permitieran huir del exterminio nazi.⁵⁷ Para ellos, el gobierno mexicano no activó ningún régimen de excepción y las solicitudes de visas fueron procesadas como si se tratara de inmigrantes, con el agravante de que la legislación migratoria mexicana había establecido un

criterio de selección étnica en la que el judaísmo era valorado como un rasgo de indeseabilidad. Los perseguidos judíos recibieron un trato burocrático, apegado a normas y reglamentos y, aunque muchos fueron apoyados por familiares y por redes de solidaridad de comunidades judías de México y Estados Unidos, muy pocos, menos de dos mil personas, obtuvieron visados para ingresar al país.⁵⁸

México se comportó como el resto del mundo negando visados y protección a las víctimas judías. Una política que no se modificó ni siquiera ante un excepcional acuerdo para la recepción de refugiados polacos, suscrito en 1942 entre el gobierno mexicano y el polaco en el exilio con la intermediación de Estados Unidos. Producto de la invasión alemana a Polonia en 1939 y de la firma del Pacto de no Agresión entre Alemania y la Unión Soviética, millares de polacos residentes en las zonas ocupadas por el ejército soviético fueron trasladados a Siberia, muchos de ellos judíos. En aquella coyuntura, el gobierno polaco, encabezado por el general Wladyslaw Sikorski, partió al exilio en Londres. Cuando en 1941 el ejército alemán invadió la Unión Soviética, en los acuerdos entre las fuerzas aliadas figuró la liberación de los polacos trasladados a Siberia. Un importante contingente fue trasladado a Irán y, desde allí, a diversos destinos de Asia continental, entre ellos, la India, que estaba bajo mandato británico. Para entonces, México había limado diferencias con el gobierno de Estados Unidos y, en materia de política exterior, coincidían en valorar a las potencias del Eje como el enemigo principal. En ese contexto y con motivo de una visita del general Sikorski

a México, se firmó un acuerdo para recibir a los polacos desterrados. El financiamiento para su traslado y establecimiento en México quedó a cargo del gobierno polaco en el exilio y de diversas agencias del gobierno estadounidense, así como de organizaciones filantrópicas de las comunidades polacas en el vecino país. El gobierno mexicano contribuyó con terrenos e instalaciones que habían pertenecido a la hacienda Santa Rosa, cercana a León, Guanajuato. Dos contingentes de polacos llegaron en 1943, tras un complicado viaje que inició en Bombay hasta la costa pacífica de Estados Unidos y desde allí en tren a Guanajuato. Se trató de casi 1500 personas, en su mayoría mujeres viudas y niños huérfanos. Una treintena eran judíos. De este modo se vieron frustradas las expectativas de las organizaciones de ayuda de las comunidades judías de México y Estados Unidos que creyeron que el convenio abriría una posibilidad de otorgamiento de visados a judíos perseguidos. Por otra parte, las complicaciones derivadas de la guerra impidieron la llegada de nuevos contingentes de refugiados polacos. Sin embargo, una eficiente organización garantizó trabajo, alimentación, educación y servicios de salud a estas víctimas de la Guerra Mundial hasta que la colonia fue disuelta en 1947. La mayoría de los refugiados se dirigió a Estados Unidos para encontrarse con familiares o conocidos, y aquellos que decidieron permanecer en México se trasladaron a diferentes ciudades, y de manera privilegiada, a la capital del país.⁵⁹

Expatriados discretos

En los inicios de la Guerra Fría, y sin la estridencia alcanzada por los exilios anteriores, México continuó recibiendo perseguidos políticos. A consecuencia de las campañas anticomunistas en Estados Unidos a finales de los años cuarenta y durante los cincuenta, muchos huyeron después de sufrir persecuciones y en algunos casos cárcel o simplemente cuando sus nombres pasaron a engrosar las listas negras elaboradas al amparo de la *Alien Registration Act* (1940), la *Internal Security Act* (1950) y la *Immigration and Nationality Act* (1952) pero, sobre todo, a partir del acoso inquisitorial desplegado por el Comité de Investigaciones Antiamericanas, liderado por el senador Joseph McCarthy.

Tener una filiación izquierdista fue el común denominador de este heterogéneo grupo de exiliados, integrado por personas de diferentes orígenes. Algunos eran extranjeros residentes en Estados Unidos o naturalizados norteamericanos que fueron deportados por sus vínculos con organizaciones socialistas y comunistas; otros fueron acusados de conspiración o espionaje al servicio de la Unión Soviética; hubo

escritores, guionistas y activistas políticos incluidos en las listas negras de Hollywood, y por último, figuraron aquellos que buscaron refugio en México por haber integrado la Brigada Internacional Abraham Lincoln que combatió en la Guerra Civil Española. Entre estos brigadistas estuvieron el músico y compositor Conlon Nancarrow, el productor cinematográfico William Colfax, la enfermera Lini Fuhr y el cantante de ópera Bart van der Schelling.⁶⁰

El caso más renombrado fue el llamado “exilio de Hollywood”, por la visibilidad de los personajes involucrados y la difusión que alcanzaron sus procesos judiciales en Estados Unidos. Sin embargo, estos exiliados fueron una minoría, algo más de una decena de personas, entre las que figuraron los guionistas Dalton Trumbo, Albert Maltz, Hugo Butler y Gordon Kahn.⁶¹ El resto de este exilio estuvo integrado por familias de clase media: maestros, médicos, amas de casa, abogados, enfermeras, ingenieros, empresarios, artistas plásticos, músicos y periodistas.

Esta comunidad muestra rasgos específicos que la distingue de otros perseguidos en México. En primer lugar, no fue un grupo numeroso. Se ha estimado en menos de doscientas personas. En segundo lugar, fue un exilio discreto. Las rutas de los traslados, muchas veces por carretera, permitieron que pasaran desapercibidos confundiendo con turistas o inmigrantes. En tercer lugar, el origen social de este exilio facilitó su instalación en espacios urbanos donde la presencia norteamericana no era excepcional: barrios en la ciudad de México o en otras ciudades como Cuernavaca, Guadalajara y San Miguel Allende que,

tradicionalmente, eran sitios de residencia de estadounidenses.⁶²

Este exilio no tuvo una militancia política abierta a la opinión pública mexicana, aunque sí una actividad subterránea. Los comunistas estadounidenses mantuvieron contacto con sus camaradas mexicanos, sobre todo, con las dirigencias del PCM, mientras que el sector intelectual frecuentaba tertulias, exposiciones y conferencias donde se congregaban figuras emblemáticas de la izquierda mexicana como Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros y Francisco Zúñiga, entre otros.

A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, la atmósfera política norteamericana comenzó a mostrar signos de distensión. Una serie de procesos judiciales en el ámbito de la Suprema Corte de Justicia abrió el camino para que estos perseguidos recuperaran sus pasaportes y pudieran regresar a su país o trasladarse a otros. Así, la mayoría de estos expatriados abandonaron México.

Diásporas latinoamericanas

En México, el radicalismo de las propuestas revolucionarias se fue atenuando durante y, sobre todo, después de la Segunda Guerra Mundial, aunque permanecieron intactos los principios rectores de la política exterior. México fue un defensor enérgico del derecho a la autodeterminación de las naciones, un opositor a toda forma de intervencionismo extranjero y un promotor de políticas pacifistas para la resolución de los conflictos internacionales. Esta imagen proyectada al exterior se acrecentaba con una sostenida política en materia de asilo a perseguidos políticos. Dicha política fue siempre sensible a la situación centroamericana y caribeña gobernada por una cadena de dictadores y dictaduras. Los generales Jorge Ubico en Guatemala, Tiburcio Carías Andino en Honduras, Anastasio Somoza García en Nicaragua, Maximiliano Hernández Martínez en el Salvador y Rafael Leónidas Trujillo en República Dominicana, arrojaron nuevas olas de exiliados a las costas mexicanas.

Hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, cuando se vaticinaba que la derrota del nazismo

abriría horizontes democráticos en buena parte del mundo, un grupo de intelectuales exiliados en México fundó la Unión Democrática Centroamericana (UDC). Entre los convocantes figuraban escritores, ensayistas y periodistas como los hondureños Alfonso Guillén Zelaya y Rafael Heliodoro Valle, la salvadoreña Claudia Lars, el costarricense Vicente Sáenz y el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón. Entre 1943 y 1946, la organización tuvo una activa vida claramente identificada con el antifascismo y con propuestas orientadas a la democratización de las sociedades centroamericanas. En la estela de las organizaciones del destierro europeo, la UDC editó la revista *Centroamérica Libre*, la cual se imprimía en los Talleres Gráficos de la Nación y reunía informaciones sobre las luchas antidictatoriales en el istmo centroamericano.⁶³

Si bien, alejada de las fórmulas autocráticas de gobernantes como Anastasio Somoza García en Nicaragua o Jorge Ubico en Guatemala, en los años cuarenta, Costa Rica generó una corriente de exiliados opositores al gobierno de Rafael Ángel Calderón Guardia, entre ellos, José Figueres, el dirigente que, tras la Revolución de 1948, encabezó la refundación del sistema político de su país. Y cuando ello sucedió, le tocó el turno de refugiarse en México durante una década al ex-presidente Calderón Guardia.⁶⁴

La Guerra Fría en América Latina marcó el ascenso de regímenes dictatoriales que condujeron al exilio a decenas de líderes y dirigentes políticos. Muchos encontraron refugio en México. Una primera ola estuvo representada por venezolanos, centroamericanos y antillanos. En 1948 llegó al país el novelista Rómulo

Gallegos, presidente de Venezuela destituido por el golpe de Estado del general Marcos Pérez Jiménez. Durante los diez años que duró aquella dictadura, México dio refugio a más de trescientos venezolanos, muchos militantes de Acción Democrática, el partido político al que perteneció el presidente Gallegos, así como a activistas de otras organizaciones de izquierda.⁶⁵ En 1954, tras el derrocamiento del presidente Jacobo Arbenz, un cuantioso contingente de guatemaltecos ingresó a México para comenzar un exilio que se extendería durante décadas. En aquellos años arribaron también cubanos acosados por el gobierno de Fulgencio Batista y haitianos huyendo de la dictadura de François Duvalier.⁶⁶

Fueron exilios que respondían a la antigua pauta de conformar grupos reducidos integrados, en buena medida, por dirigentes políticos, profesionistas, intelectuales y académicos. Entre ellos, el poeta, ensayista y crítico literario guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, el sociólogo Mario Monteforte Toledo y el también guatemalteco Augusto Monterroso, narrador y ensayista, así como los haitianos Gérard Pierre Charles y Suzy Castor, economista el primero e historiadora la segunda.

Desde mediados de la década de 1960, sin que aquella pauta desapareciera, México volvió a ser territorio de exilios masivos. En el extremo sur de América Latina se instauraron dictaduras militares que impusieron regímenes fundados en el terror, el asesinato y la “desaparición” de millares de personas. En 1964, los militares asaltaron el poder en Brasil. En 1971, el general Hugo Banzer lo hizo en Bolivia. En septiembre de 1973, Augusto Pinochet derrocó al presidente Salvador

Allende y, meses antes, los militares uruguayos pusieron las bases de una larga dictadura. Finalmente, en 1976, se produjo el golpe de Estado en Argentina. Las persecuciones a los opositores trascendieron las fronteras nacionales para articular un plan regional, la llamada *Operación Cóndor*, que coordinó a las fuerzas represivas de aquellos países a las que se sumaron los ejércitos y policías de Paraguay y Perú. Se trató de un acuerdo político-militar dirigido a asesinar a dirigentes y militantes opositores que lograban huir cruzando las fronteras de sus países. Entre tanto, decenas de miles de personas fueron obligadas a abandonar sus naciones. A diferencia de otros momentos de autoritarismo en América Latina, la dimensión e intensidad de la violencia represiva generó un éxodo masivo que buscó refugio en Europa, las Américas e, incluso, en África y Australia.

En el entorno latinoamericano, México se convirtió en el principal espacio de recepción de perseguidos. El giro conservador de los gobiernos mexicanos en concordancia con la atmósfera de la Guerra Fría, no fue un obstáculo para que, en materia de política exterior, manifestaran su solidaridad con los gobiernos democráticos de Juan José Arévalo y Jacobo Arbenz en Guatemala, y para permitir que desde las costas mexicanas partiera el *Granma* con un puñado de guerrilleros encabezados por Fidel Castro y el médico argentino Ernesto Guevara.⁶⁷

El autoritarismo del régimen mexicano tampoco fue un impedimento para sostener relaciones diplomáticas con Cuba, a contracorriente del resto de América, ni para condenar el intervencionismo nor-

teamericano escudado tras la Organización de Estados Americanos cuando se efectuó la invasión a República Dominicana. En igual sentido, una década después, las cercanas relaciones con el presidente Salvador Allende, y años más tarde con los guerrilleros sandinistas en Nicaragua y con los del Frente Farabundo Martí en El Salvador, jalonaron acciones para sostener una política solidaria con los perseguidos políticos de Sur y Centroamérica.⁶⁸

Esta política de solidaridad tuvo lugar en momentos en que, en México, se desplegaba una fuerte represión a grupos de izquierda radical. No deja de ser paradójica la forma en que convivieron los perfiles autoritarios y represivos del régimen político mexicano con la disposición a recibir a perseguidos de las izquierdas radicales y moderadas de otras naciones. En la búsqueda de explicaciones, quizás se podría considerar la amplia recepción a estos exilios como una de las fuentes de legitimación política del régimen, expresiones de solidaridad que alimentaban una tradición que remitía a los orígenes revolucionarios del sistema político. En este sentido, la ejemplaridad de las experiencias anteriores, sobre todo, el refugio masivo a los españoles republicanos junto a casos más acotados que beneficiaron a opositores latinoamericanos y europeos, resultó útil a una dirigencia que, a pesar de su autoritarismo, no estaba dispuesta a ensombrecer conductas que enaltecían a México proyectando imágenes de una nación comprometida con las causas de la libertad y la justicia.⁶⁹

La solidaridad mexicana se manifestó tanto en el asilo diplomático otorgado en las capitales de

Argentina, Brasil, Bolivia, Chile y Uruguay; como en el asilo territorial concedido a los que ingresaban al país, muchas veces con la ayuda de organismos humanitarios internacionales. México otorgó protección a miles de perseguidos, aunque la figura del asilo no fue el instrumento usado por la mayoría de ellos. En realidad, millares de sudamericanos entraron al país por su cuenta y riesgo, para después gestionar visados de trabajo o de estudio que les permitieron una residencia regular hasta que desaparecieron los peligros que amenazaban sus vidas y escogieran regresar a sus países, o por el contrario, continuar con su residencia mexicana.

El flujo de estos perseguidos políticos atendió a las lógicas represivas en cada uno de los países de origen. En Argentina, desde mediados de 1974, el deterioro del ambiente político obligó a unos pocos a cruzar las fronteras. La situación cambió cuando la escalada represiva, producto del golpe de Estado de 1976, produjo un éxodo masivo. Un proceso similar se observa en Uruguay, donde la represión fue en aumento desde 1973, pero no fue hasta 1975-1976 en que se intensificó la salida del país. Brasil, por su parte, reconoce dos momentos de salida, uno en 1964 cuando el derrocamiento del gobierno de João Goulart, y otro durante 1968-1969 con motivo del recrudecimiento de la represión a raíz de las protestas populares y el accionar de organizaciones guerrilleras. Los bolivianos arribaron a México también en dos momentos, el primero en 1971 cuando tomó el poder el general Hugo Banzer y en 1980 cuando la presidenta Lidia Gueiler fue derrocada mediante el golpe de Estado encabezado por el general Luis García

Meza. Por último, el caso chileno, donde la salida de perseguidos respondió al asalto al poder del general Augusto Pinochet en 1973.

Los contingentes más nutridos de asilados diplomáticos fueron el chileno y el uruguayo. Desde el mismo día del golpe de Estado en Chile, la embajada mexicana se convirtió en un lugar de refugio para centenares de perseguidos. Entre Santiago de Chile y la ciudad de México se estableció un puente aéreo por el que transitaron más de 800 personas. A esta cifra se sumaron familiares de asilados que posteriormente llegaron a México, así como chilenos que se trasladaron desde otros países. Se ha calculado que cerca de 5000 exiliados chilenos residieron en México durante la dictadura chilena.⁷⁰

Para el caso de Uruguay, entre finales de 1975 y comienzos de 1977, México otorgó asilo a más de 400 uruguayos, a los que luego se agregaron sus familiares. Se estima que la comunidad uruguaya superó las dos mil personas.⁷¹ La embajada mexicana en Buenos Aires, otorgó asilo a cerca de setenta argentinos entre 1974 y 1976. Sin embargo, el exilio argentino en México fue uno de los más numerosos, con una cifra cercana a las ocho mil personas que llegaron a México por sus propios medios.⁷² En Brasil, entre 1964 y 1979, el gobierno mexicano otorgó asilo a alrededor de un centenar de brasileños. En total, esta comunidad reunió a unas trescientas personas.⁷³ Por último, el exilio boliviano estuvo integrado por algo más de cien asilados diplomáticos que, junto a sus familiares y a los que llegaron por medios propios, constituyeron una comunidad de medio millar de personas.⁷⁴ En síntesis,

el gran flujo de perseguidos sudamericanos ingresó a México a partir de la segunda mitad de la década de 1970 y, en términos comparativos, los perseguidos chilenos y uruguayos recibieron una mayor protección diplomática mexicana que el resto de los sudamericanos. Esta conducta diferenciada de México obedeció a las condiciones particulares del accionar represivo en cada país y a la manera en que esa represión influyó en la conducta de los diplomáticos mexicanos apostados en Sudamérica.

Cabe destacar que las primeras opciones de exilio no siempre apuntaron a México. Muchos perseguidos buscaron países vecinos o cercanos. Antes de 1973, los brasileños huyeron a Uruguay y a Chile. Lo mismo pasó con los uruguayos que se refugiaron en Argentina a partir de 1973. En realidad, esta movilidad fronteriza quedó cancelada cuando el mapa político de las naciones del Cono Sur fue dominado por gobiernos militares. Ya en 1976, el actuar coordinado de los ejércitos y las policías sudamericanas convirtió a México en una y, a veces, la única opción para refugiarse en el espacio latinoamericano. Por estas razones no sorprende encontrar asilados brasileños, bolivianos, argentinos, uruguayos y chilenos en embajadas mexicanas distintas a la de sus países de origen, como tampoco que México haya sido la segunda o tercera nación de residencia de muchos exiliados. Es decir, en esta diáspora latinoamericana fueron comunes los reacomodos espaciales, en el sentido de que las naciones a las que primero se dirigieron no fueron necesariamente las mismas en las que residieron la mayor parte de sus destierros.

En el conjunto de estos exilios, el chileno se distingue en forma especial. México fue un protagonista de la condena internacional al golpe de Estado de Pinochet. El gobierno de Luis Echeverría había acompañado y apoyado la gestión de Salvador Allende, de manera que cuando sucedió el golpe de Estado, de inmediato, ofreció protección a los familiares del mandatario chileno, a funcionarios y a simpatizantes del gobierno derrocado. Ecos de la conducta ante los republicanos españoles resonaron en el comportamiento frente a los chilenos. No sólo se ayudó a evacuar a los perseguidos. México rompió relaciones diplomáticas con el gobierno de Pinochet, las cuales fueron restablecidas cuando el retorno al orden constitucional en 1990. Los chilenos exiliados recibieron facilidades para su hospedaje, alimentación y en la consecución de empleos. El gobierno mexicano apoyó con financiamiento a la Casa de Chile, principal institución del exilio chileno, en clara referencia a la de España aunque la chilena tuvo un perfil orientado a la solidaridad, la denuncia y a la ayuda a otras comunidades sudamericanas de exiliados.⁷⁵

La presencia del exilio republicano español no fue sólo simbólica. La memoria de los desterrados sudamericanos recupera como ejemplar aquella presencia, en el sentido de haber aportado ayuda material para la instalación de los recién llegados, haber colaborado en la búsqueda de empleos y de escuelas para los hijos de los exiliados y haber facilitado su integración a la vida mexicana. Los republicanos españoles fueron los “padres del exilio” sudamericano. Con más de treinta años en México, orientaron sobre las formas de vivir el exilio. Un académico y diplomático chileno recuerda

que, con frecuencia, un grupo de exiliados españoles invitaba a comer a los chilenos recién llegados, para luego escuchar el mismo consejo: “Deshaz rápidamente tu maleta. Nosotros nos demoramos cinco, ocho o diez años en deshacer nuestra maleta, y fue un tiempo perdido. Haz lo contrario. Vive con naturalidad tu condición de ‘mexicano’, desde hoy hasta que dure, y ten la maleta lista para llenarla y volverte, si tu vocación política te manda a hacerlo, pero no seas un nostálgico”.⁷⁶

La mayoría de los exiliados sudamericanos fueron jóvenes de entre 20 y 45 años, de clase media, en gran medida vinculados a actividades intelectuales. Profesores universitarios, profesionistas, estudiantes, periodistas, personas cercanas al mundo de la cultura y las artes. Mucho menor fue la presencia de obreros o de técnicos. A diferencia de cuando llegó el exilio republicano español, en los años setenta, México acusaba el impacto de un fuerte proceso de modernización. La vida académica estaba profesionalizada y se desenvolvía en una extensa red de universidades y centros de investigación. El país vivía un acelerado crecimiento económico al beneficiarse de recientes descubrimientos petrolíferos; circunstancias que permitieron expandir instituciones educativas de nivel superior y fundar nuevos centros de educación e investigación científica. Esta situación ayuda a explicar los ámbitos donde los exiliados fueron empleados. El sector público, a través de las secretarías de Estado y diversos organismos gubernamentales, fue el más importante empleador de profesionales exiliados; mientras que en el sector privado hallaron ubicación aquellos con menores calificaciones.

Es difícil estimar el número de académicos e intelectuales que México recibió en esta coyuntura. Tan sólo la UNAM acogió a cerca de un centenar de argentinos.⁷⁷ El primer exilio boliviano de 1971 estuvo mayormente integrado por profesores universitarios. Muchos de ellos fueron incorporados también a dicha casa de estudios.⁷⁸ Lo mismo aconteció con brasileños,⁷⁹ uruguayos⁸⁰ y chilenos.⁸¹ No sólo la UNAM incorporó a esta diáspora académica. También la recién creada Universidad Autónoma Metropolitana, el Instituto Politécnico Nacional, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, El Colegio de México y algunas universidades estatales como las de Puebla, Guadalajara, Nuevo León y Veracruz. Hubo, además, centros de investigación en ciencias sociales cuya fundación remite directamente a la presencia de académicos latinoamericanos exiliados, como el Centro de Investigación y Docencia Económica, fundado en 1974, y la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales creada en 1976.

Así, en los años setenta, México se convirtió en la capital de la reflexión política y académica sobre América Latina, y esa reflexión adquirió verdadera dimensión latinoamericana gracias a los intercambios entre los exiliados y sus anfitriones mexicanos. En el campo de la teoría social, estos intercambios hicieron posible la emergencia de tópicos que signaron la historia del pensamiento sociológico latinoamericano en el último tercio del siglo pasado. Uno de ellos fue la reflexión sobre la centralidad del Estado en la construcción del orden político latinoamericano. Como nunca antes, los estudios en torno a la naturaleza y funciones de las

formaciones estatales ocuparon un gran espacio en la agenda de investigación. Se ha llegado a considerar esta densa y abundante producción como resultado del “momento mexicano” que vivió la reflexión social, en manifiesta alusión al encuentro entre exiliados latinoamericanos y académicos mexicanos.⁸² Por otra parte, los estudios orientados a explicar las nuevas formas que asumía el autoritarismo bajo los regímenes militares, abrieron horizontes que apuntaron a la reflexión sobre las necesarias transiciones a la democracia.

En realidad, las preocupaciones académicas de esta intelectualidad exiliada fueron también consecuencia de sus prácticas políticas desenvueltas en distintas tradiciones del pensamiento y la acción marxista y socialista.⁸³ Una de esas preocupaciones fue el fracaso de los programas revolucionarios y la derrota de los proyectos guerrilleros como estrategia para la transformación social. En la reflexión sobre aquella derrota política, apunta uno de los protagonistas de esos debates, “México fue un lugar privilegiado de exilios latinoamericanos. Los argentinos teníamos relación con los chilenos, con los uruguayos, con los brasileños, con los centroamericanos. Era una discusión continental sobre el fracaso”.⁸⁴ Fue en México donde se pensó la derrota de la vía armada al socialismo, en un contexto signado por la crisis del marxismo, la emergencia de los eurocomunismos y la revalorización de los fundamentos de la democracia representativa. Entre muchos académicos, en México coincidieron los brasileños Theotônio dos Santos, Vania Bambarria y Ruy Mauro Marini, las voces más reconocidas de la llamada Teoría de la Dependencia.

Junto a ellos figuraron los sociólogos argentinos Juan Carlos Portantiero, José Nun, Emilio de Ípola y Liliana de Riz; los chilenos Luis Maira, José Miguel Insulza y Francisco Zapata; el guatemalteco Edelberto Torres Rivas y el boliviano René Zavaleta Mercado. “Descubrimos la democracia cuando dejamos de tenerla”, sentenció Norbert Lechner, otro de los protagonistas de aquel “momento mexicano”.⁸⁵ México fue la Meca de los exilios latinoamericanos y por las redes de esos exilios visitaron el país una diversidad de intelectuales como el propio Lechner, y otros referentes del pensamiento social de aquellos años como Fernando Henrique Cardoso, Alain Touraine, Ludolfo Paramio, Guillermo O’Donnell, Norberto Bobbio, Jürgen Habermas y Giacomo Marramao.

Pensar la derrota de la vía armada al socialismo obligó a repensar la democracia y a imaginar estrategias que permitieran transitar de las dictaduras militares hacia órdenes políticos democráticos donde los programas socialistas no se diluyeran en la mera reivindicación de los valores de la democracia liberal.⁸⁶ En estos diálogos, la izquierda mexicana que atravesaba una coyuntura refundacional se constituyó en un interlocutor privilegiado.⁸⁷ A decir de Roger Bartra, entonces militante del PCM:

Las discusiones con ellos fueron extraordinariamente importantes. Nos cuestionaban nuestro excesivo rigor o dogmatismo, nos hacían revisar nuestros conceptos, nos hacían revisar las categorías, pero siempre teniendo como trasfondo el problema de la dictadura de la que habían

escapado, de la falta de democracia, de la enorme importancia de las alternativas democráticas.⁸⁸

Esta ampliación de los horizontes teóricos y políticos tuvo su correlato en una expansiva producción editorial. Se crearon nuevas casas editoriales, directamente vinculadas a la presencia exiliar. Fue el caso, entre otras, de las editoriales Folios y Nueva Imagen, al tiempo que antiguos sellos editoriales vieron crecer sus catálogos con nuevos títulos, en buena medida, de autores latinoamericanos. Desde la crítica al “socialismo real”, este exilio capitaneó la más completa revisión de las obras clásicas del pensamiento marxista europeo, a través de la serie “Cuadernos de Pasado y Presente” que dirigió el argentino José Aricó en la editorial Siglo XXI. En México se tradujeron los escritos heterodoxos de Antonio Gramsci para insertarlos en las corrientes renovadoras de la teoría social y política iberoamericana. De manera semejante a la expansión editorial que promovió la diáspora republicana española, tres décadas más tarde, en México se tradujeron y publicaron obras de referencia obligada en las ciencias sociales y humanas: Michel Foucault, Jacques Lacan, Tzvetan Todorov, Ferdinand de Saussure, Paul Ricoeur, Perry Anderson, Alain Rouquié y Emmanuel Levinas, entre muchos otros. Este voluminoso repertorio de obras y autores fue parte de un clima intelectual en el que participaron activamente como editores y traductores, muchos exiliados sudamericanos.

Este destierro, además, estuvo presente en una variedad de expresiones culturales y artísticas, desde el periodismo, el cine y la música, hasta el teatro,

las artes plásticas y la literatura. De manera evidente, sus huellas hoy todavía son reconocibles en algunos campos disciplinares, por ejemplo, en el psicoanálisis. El exilio de psiquiatras y psicólogos argentinos y uruguayos potenció y diversificó esa profesión en México, incorporando nuevas perspectivas y creando instituciones de formación y práctica psicoanalítica.⁸⁹

La mayoría de los desterrados sudamericanos regresaron a sus países de origen conforme se reinstalaban los gobiernos democráticos. El exilio chileno fue el más largo, se extendió por 17 años. Para el resto, la diáspora tuvo una duración menor a una década.⁹⁰

Esta fue la última ola exiliar que arrojó a costas mexicanas una nutrida cantidad de académicos e intelectuales. Millares de perseguidos pudieron salvar sus vidas y reconstruirlas en tierras mexicanas. La solidaridad hizo posible un intercambio cultural y académico que no se clausuró con el regreso de los desterrados, al contrario, continúa hasta el presente a través de redes formales e informales. México fue terreno fértil para llevar adelante proyectos políticos cuyos ecos aún resuenan en los países de origen y, desde esos exilios, se robustecieron los movimientos en favor de la vigencia de los Derechos Humanos, amplificando los reclamos de justicia y verdad para las víctimas de aquellas dictaduras.

Éxodo guatemalteco

A comienzos de los años ochenta del siglo pasado, la recepción del llamado “éxodo” guatemalteco constituyó un auténtico parteaguas en la política de acogida a perseguidos. Se trató de una experiencia inédita, puesto que involucró a comunidades enteras de guatemaltecos que cruzaron a pie la frontera sur de México, escapando de una guerra de exterminio puesta en marcha por el ejército de aquel país. A pesar de que México ya había recibido a miles de refugiados españoles y sudamericanos, el volumen y las características de este “éxodo” impuso un nuevo reto. En esta ocasión fueron millares de campesinos de origen indígena, procedentes de aldeas devastadas por la represión militar, los que ingresaron al país sin un plan preconcebido y sin la participación de las autoridades mexicanas. Estas circunstancias obligaron al gobierno a diseñar una nueva política que condujo, en 1980, a la creación de la Comisión Mexicana de Ayuda a Refugiados (COMAR) y a trabajar conjuntamente con la Organización de las Naciones Unidas. De acuerdo con el Alto Comisionado de las Naciones Unidas para el Refugio (ACNUR), entre

1981 y 1982, buscaron protección en México alrededor de 200 000 guatemaltecos. De ellos, 46 000 fueron oficialmente registrados como refugiados y asistidos por el ACNUR en diversos campos de refugiados en Campeche, Quintana Roo y Chiapas.

Se trató de un emprendimiento tan humanitario como los anteriores, pero con características muy diferentes. La labor conjunta de COMAR, ACNUR y organizaciones de la sociedad civil resultó fundamental para la adopción de una política de protección y asistencia a los refugiados que, en un primer momento, apuntó a la puesta en marcha de acciones de emergencia en materia de ayuda alimenticia, vivienda, salud, educación básica y cuidados especiales para menores. Más adelante el ACNUR y diversas organizaciones no gubernamentales impulsaron proyectos económicos que promovieron la autosuficiencia de las comunidades de refugiados. Este financiamiento permitió que comunidades de refugiados, sobre todo, en Campeche y Quintana Roo, logaran alcanzar niveles aceptables de autosuficiencia que abrieron el camino para su integración a México. Por su parte, los guatemaltecos supieron multiplicar los efectos de la solidaridad a partir de sus propias organizaciones comunitarias.

En 1991 comenzó el proceso de pacificación en Guatemala, en el que México tuvo una activa participación. Los gobiernos de ambos países, el ACNUR y organizaciones de la sociedad civil iniciaron trabajos para garantizar un proceso de retorno voluntario, colectivo y organizado. Entre 1993 y 1999 regresaron a Guatemala 43 000 refugiados. En México permanecieron poco más de 20 000, quienes decidieron naturalizarse mexica-

nos. Fue entonces que los campos de refugiados se convirtieron en pueblos y sus formas de gobierno se incorporaron a los sistemas administrativos de los municipios en donde se localizaban.⁹¹

El corolario de todo este esfuerzo fue que el gobierno mexicano, en el año 2000, firmó la Convención de las Naciones Unidas sobre el Estatuto de los Refugiados de 1951 y el Protocolo de 1967 sobre dicha Convención. Entonces se crearon nuevos marcos institucionales y procedimientos para gestionar las solicitudes y conceder el estatus de refugiado. La experiencia con los guatemaltecos ensanchó la conducta humanitaria de México, gestó las primeras políticas e instrumentos jurídicos para la atención de desplazados y refrendó la voluntad de ser un país de refugio para las víctimas de violencias e intolerancias.⁹²

Retos del presente

Con el nuevo siglo se inauguró en México un proceso de transición a la democracia que, entre otros asuntos, condujo a un ajuste normativo en cuestiones de migración, asilo y refugio. A lo largo de una década se trabajó en compatibilizar instrumentos jurídicos internacionales de defensa y protección de Derechos Humanos con las normas constitucionales y la legislación secundaria en materia migratoria. Entre 2011 y 2014 se promulgaron nuevas leyes que regulan la migración internacional, así como las condiciones y los procesos para el otorgamiento de asilo y refugio. Dichas leyes fueron expedidas en una coyuntura signada por los retos que impone una descomunal movilidad internacional de hombres, mujeres y niños que atraviesan la frontera sur de México en busca de mejores horizontes para sus vidas y las de sus familias.

Se abrió entonces una nueva etapa del refugio en México condicionada por los llamados “flujos mixtos”, es decir, corrientes migratorias compuestas por personas que huyen de situaciones de violencia, junto a otras que buscan mejores oportunidades económicas.

Claro está que estas motivaciones no son excluyentes. Muchos migrantes en condiciones de pobreza son víctimas de violencia y huyen de sus países para salvar sus vidas y para mejorarlas. Si esta situación en sí misma es compleja, los problemas se agravan porque la mayoría de los migrantes no desean permanecer en México sino ingresar a Estados Unidos, y para ello cruzan la frontera sur de México de manera irregular y transitan territorios en los que predominan condiciones de violencia e inseguridad generadas por el combate al narcotráfico.

Es decir, la actual situación de México se aleja de todas las experiencias anteriores en materia de asilo y refugio. La primera gran dificultad que enfrenta el Estado mexicano es garantizar la protección a la vida de migrantes irregulares, en momentos en los que las fuerzas de seguridad tienen serios problemas para cumplir esta responsabilidad para con los mismos mexicanos. La segunda dificultad estriba en que las agencias gubernamentales cuenten con funcionarios suficientes y capacitados, con recursos materiales, técnicos y presupuestales para valorar las condiciones reales de vulnerabilidad de estos migrantes con el fin de acreditarlos como refugiados.

A diferencia del refugio a los guatemaltecos, procesado de manera masiva a partir de la condición de víctimas de una guerra de exterminio, desde el inicio de este siglo, las solicitudes de refugio en México se gestionan de manera individual y a través de la COMAR. Sobre esa agencia recae la responsabilidad de identificar y evaluar la pertinencia del otorgamiento del refugio a solicitantes que llegan a México mediante

los “flujos mixtos”, con la dificultad adicional de que la mayoría de solicitudes de refugio no se presentan cuando los inmigrantes ingresan al país, sino al ser detenidos por carecer de documentos migratorios que acrediten una entrada autorizada al país.

La extensión de los procesos de democratización en América Latina ha tenido su correlato en la disminución de la llegada de perseguidos políticos procedentes de la región. Aunque de manera esporádica, México ha continuado otorgando protección a víctimas de desórdenes políticos que interrumpen procesos constitucionales. Tal fue el caso del presidente de Bolivia, Evo Morales, quien, tras el golpe de Estado en 2019, salvó su vida por la intervención del gobierno mexicano que le otorgó asilo y facilitó su salida del país. Sin embargo, el problema que enfrenta México no está en estos casos individuales, sino en el exponencial incremento de los refugiados.

En la primera década del nuevo siglo se advirtió un goteo permanente, aunque reducido, de personas buscando refugio. Entre 2002 y 2009 se registraron poco menos de 3500 solicitudes de las cuales casi 700 fueron reconocidas. Los orígenes nacionales de los solicitantes prefiguraron lo que sucedería una década más tarde. Dos terceras partes provenían de América Central, Haití y Colombia, y el resto de África y Asia.⁹³ Los lugares de origen comenzaron a diversificarse y las motivaciones para solicitar refugio se hicieron más complejas puesto que, en el caso africano y asiático, se trataba de víctimas de persecuciones étnicas y religiosas. Por otro lado, en estos solicitantes se advierte una tendencia que marcó la evolución del refugio en

México, ya que quienes llegaban en calidad de víctimas de conflictos en sus naciones, no tenían a México como destino final sino a Estados Unidos.

A partir de 2012, el deterioro de las condiciones sociales y económicas en América Central generó un expansivo crecimiento de torrentes migratorios irregulares que tienen a México como país de tránsito. En su gran mayoría, estas migraciones están integradas por centroamericanos (hondureños, salvadoreños y guatemaltecos), junto a cubanos, venezolanos y haitianos, y en mucho menor proporción por migrantes transcontinentales originarios de África y Asia. El número de solicitantes de refugio ha crecido de 1300 solicitudes en 2013 a casi 150 mil en 2023. La COMAR ha recibido algo más de medio millón de solicitudes a lo largo de la última década. De ese total, la tasa promedio de reconocimiento ronda el 20%, es decir, entre 2013 y 2023 se ha otorgado la condición de refugiado a poco más de 100 mil personas.⁹⁴

Si el arribo de españoles republicanos a finales de los años treinta abrió las puertas a refugios masivos, y si el “éxodo” guatemalteco inauguró una práctica inédita de atención a perseguidos y de colaboración con las Naciones Unidas, la situación que vive México en la actualidad no admite comparación con las experiencias anteriores. Por su ubicación geográfica, el territorio nacional se ha convertido en un corredor en el que transitan decenas de miles de migrantes cuyo objetivo es cruzar la frontera con Estados Unidos. México no es responsable de las condiciones sociales y económicas que prevalecen en las naciones de origen de estos inmigrantes, tampoco es responsable de las políticas migratorias

que han impuesto los gobiernos estadounidenses. Esta situación ha obligado al país a poner en práctica agresivas políticas de contención de la migración irregular en su frontera sur, las cuales conducen a un incremento espectacular de las deportaciones. La consecuencia ha sido el aumento de las solicitudes de refugio. Es decir, una parte de la migración de tránsito estaría dispuesta a convertirse en una migración que asuma como destino final México, ya sea de forma definitiva o hasta encontrar la posibilidad de ingresar a Estados Unidos.

México ha ajustado su legislación para enfrentar este problema. Sin embargo, no existen posibilidades materiales, recursos humanos ni presupuestales para cumplir con esas normas. La COMAR no tiene capacidad para procesar el abrumador número de solicitudes de refugio y el país carece de políticas y recursos para la recepción de inmigrantes bajo las condiciones en las que cruzan la frontera sur. Por otra parte, las políticas de deportación que ha implementado el gobierno mexicano dificultan que los migrantes tengan un fácil acceso a los procedimientos para obtener un eventual reconocimiento como refugiados.

En suma, son enormes los desafíos que enfrenta México en materia de refugio. Encontrar alternativas obligaría a un trabajo coordinado entre las naciones implicadas. México no ha dejado de insistir en la necesidad de enfrentar este problema desde una perspectiva regional para que, a través de mecanismos de cooperación internacional, se puedan atender los problemas económicos y sociales que originan la migración centroamericana. Estas propuestas no han tenido eco en la administración norteamericana. Ante ello,

el gobierno mexicano ha puesto en marcha modestas iniciativas para incentivar proyectos económicos en áreas agrícolas en los países de expulsión, con el objetivo de retener a la población dispuesta a migrar. Sin embargo, los mayores retos deberán enfrentarse en el interior de México y entre ellos se encuentra la urgente necesidad de fortalecer las capacidades institucionales de la agencia migratoria mexicana y, sobre todo, de la COMAR. México debería diseñar programas de regularización migratoria para facilitar inserciones laborales, y debería dedicar recursos humanos y financieros a proyectos de desarrollo regional que abran oportunidades de empleo en zonas y en actividades que requieran de personal como el que nutre estos contingentes de migrantes. Además, debería activar políticas de integración que permitan que dichos migrantes reciban atención en educación y salud; todo ello en el marco de unas estrategias atentas a la promoción y el respeto a la diversidad cultural.⁹⁵ Los volúmenes de esta nueva migración se miden en decenas de millares, por ahora, y en términos demográficos, estos volúmenes son marginales en un país con más de 130 millones de habitantes. Evitar una crisis humanitaria dependerá de la capacidad para administrar correctamente este problema.

México nunca fue una nación abierta a la inmigración, aunque sí un país de exilios. Es posible entonces que, por las condiciones actuales, una política de refugio generosa como la que garantiza la legislación mexicana, termine por ensanchar el torrente de inmigrantes en la población nacional. Sin duda, en materia migratoria, el refugio será el mayor desafío que México enfrentará en los años por venir.

Notas

- ¹ Yankelevich, *La Revolución Mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*; Rojas, *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*.
- ² Lomnitz, *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*; Hernández, *Bad Mexicans. Race, Empire and Revolution in the Borderlands*; Torres Parés, *La Revolución sin frontera. El Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y el de Estados Unidos, 1900-1923*.
- ³ La Botz, *Slackers: American War Resisters and Communists in México, 1917-1927*; Zoffmann, “Guerra, exilio y comunismo: Charles Phillips y los slackers de México, 1917-1921”.
- ⁴ Valadés, *Memorias de un joven rebelde*, p. 76.
- ⁵ Spenser, “Mexico revolucionario: laboratorio político de Charles Phillips”, pp. 155-166.
- ⁶ Shipman, *It Had to Be Revolution: Memoirs of an American Radical*, p. 116.
- ⁷ Goebel, “Una biografía entre espacios: M. N. Roy. Del nacionalismo indio al comunismo mexicano”, pp. 1459-1495.
- ⁸ Zoffmann, “Deserters of War, Soldiers of Revolution: Charles Francis Phillips and the Origins of Communism in the Americas, 1914-1921”, pp. 139-164.
- ⁹ Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila*.
- ¹⁰ Marsiske, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México. 1918-1929*; Portantiero, *Estudiantes y*

política en América Latina; Garcíadiego, *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*.

- 11 Vasconcelos, *La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, p. 175.
- 12 Vasconcelos, “Discurso pronunciado en la Fiesta de la Raza”, pp. 178-179.
- 13 *El Demócrata*, México, 15 de octubre de 1920.
- 14 *Boletín de la Universidad*, México, Universidad Nacional, tomo 1, número 3, enero de 1921. pp. 239-288.
- 15 Vasconcelos, “Excitativa del Rector de la Universidad Nacional a la intelectualidad mexicana”, pp. 190-191.
- 16 *El Demócrata*, México, 29 de abril de 1921.
- 17 Melgar, “El exilio venezolano en México”, pp. 37-45; D’Angelo, “Salvador de la Plaza y los orígenes del marxismo latinoamericano. El exilio en el desarrollo de un pensamiento revolucionario”, pp. 21-55; Arias, “Salvador de la Plaza y la alternativa socialista en Venezuela”, pp. 93-109; Correa, “¿La revolución puede esperar? El PRV en los debates y acciones de los exiliados venezolanos (1927-1929)”.
- 18 McBeth “Foreign Support for Venezuelan Political Exiles During the Regime of Juan Vicente Gómez: The Case of México, 1923-33”, pp. 275-304.
- 19 Bergel, “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, pp. 41-66; Melgar, “Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México (1923-1924)”, pp. 65-106; Melgar y Jaimes, *Esteban Pavletich. Estaciones del exilio y Revolución Mexicana, 1925-1930*.
- 20 Buchenau, *In the Shadow of the Giant. The Making of Mexico’s Central America Policy, 1876-1930*; Dospital, “La herencia mexicana en la lucha sandinista de los años 20 en Nicaragua”; Villanueva, *Sandino en Yucatán. 1929-1930*.
- 21 Kersfeld, *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas*; Melgar, “Un neobolivarismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)”, pp. 149-163.
- 22 Melgar, “Pensamiento haitiano. Entre la *Revue Indigène* y la Unión Patriótica, 1920-1930”, pp. 4-19.
- 23 Marof, *México de frente y de perfil*, p. 7.
- 24 *Ibidem*, p. 112.

- ²⁵ *Ibidem*, p. 145.
- ²⁶ Hatzky, *Julio Antonio Mella. Una biografía*; Melgar, *Vivir el exilio en la ciudad, 1928*. V. R. Haya de la Torre y J. A. Mella.
- ²⁷ Rojas, “Haya, Mella y la división originaria en Telar”, pp. 45-67.
- ²⁸ Delpar, *The Enormous Vogue for Things Mexican: Cultural Relation between the Unites States and México, 1920-1935*.
- ²⁹ Palacios, “Julio Cuadros Caldas: un agrarista colombiano en la Revolución Mexicana”, pp. 431-476; Prieto, *Has llegado a la región más transparente del aire. Colombianos desterrados en México (1908-1930)*.
- ³⁰ Tenorio, *I Speak of the City. Mexico City at the Turn of the Twentieth Century*; Rivera Mir, “Militantes de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones”; Carr, “La Ciudad de México: emporio de exiliados y revolucionarios latinoamericanos en la década de 1920”.
- ³¹ Aricó, *Marxy América Latina*; Tarcus, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*; Concheiro, Modonesi y Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*; Spenser, *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*; Melgar, “Cominternismo intelectual: representaciones, redes y prácticas político-culturales en América Central, 1921-1933”, pp. 135-159.
- ³² Marof, *México de frente y de perfil*, p. 148.
- ³³ Serrano, *El asilo político en México*.
- ³⁴ Melgar, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina: 1934-1940*.
- ³⁵ Moreno, *Exilio nicaragüense en México, 1937-1947*.
- ³⁶ Rojas, “México y las dictaduras caribeñas (1934-1959)”, pp. 117-146; Moreno, *México frente al exilio cubano, 1925-1940*.
- ³⁷ Pasolini, “Entre antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual”, pp. 83-97; Rivera Mir, “Aníbal Ponce en México. La difusión de sus propuestas educativas”, pp. 200-231.
- ³⁸ Gall, *Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas, 1937-1940*.
- ³⁹ Matesanz, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*.

- 40 Plá, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México.*
- 41 Velázquez, *Empresas y finanzas del exilio. Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949).*
- 42 Serrano, “Duras las tierras ajenas”. *Un asilo, tres exilios; Misión de Luis Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940.*
- 43 Katz, “Mexico, Gilberto Bosques and the Refugees”, pp. 1-12.
- 44 Lira, *Estudios sobre los exiliados españoles*; Bolívar (coord.), *Científicos y humanistas del exilio español en México*; Lida, *Caleidoscopio del exilio: actores, memoria, identidades*; Serrano, *La inteligencia peregrina. Legado de los intelectuales del exilio republicano español en México.*
- 45 Garciadiego, *El Fondo, la Casa y la introducción del pensamiento moderno en México.*
- 46 Salazar, “México y su respaldo al exilio francés (1940-1944)”, pp. 133-155.
- 47 Rolland, *Vichy et la France Libre au Mexique.*
- 48 Rinaldo Fanesi, “El exilio antifascista en América Latina. El caso mexicano: Mario Montagnana y la ‘Garibaldi’ (1941-1945)”, pp. 39-57; López de la Parra, *Noticia de Francesco Frola y su entorno: genealogía del fascismo italiano y la lucha de oposición y de resistencia.*
- 49 Kloyber (comp.), *Exilio y cultura. El exilio cultural austríaco en México*, p. 20.
- 50 Von Metz, Pérez Montfort y Radkau, *Fascismo y antifascismo en América Latina y México (apuntes históricos).*
- 51 Kiessling, *El exilio alemán en México*; Pohle, *Das mexikanische Exil. Ein Beitrag zur Geschichte der politisch-kulturellen Emigration aus Deutschland (1937-1946)*; Von Hanffstengel y Tercero (eds.), *México, el exilio bien temperado*; Pérez Montfort, “Apuntes sobre el exilio alemán en México”, pp. 49-54; Kloyber (ed.), *Exilio y cultura. El exilio cultural austríaco en México*; Cañadas, *La huella de la cultura en lengua alemana en México a partir del exilio de 1939-1945*; Reimann, *Transnational District. European Political Exile in Mexico City, 1939-1959.*
- 52 Patka, *Zu Nahe der Sonne. Deutsche Schriftsteller im Exil in Mexiko.*

- 53 Lavín, *El libro negro del terror nazi: propaganda antifascista y denuncia de la barbarie nazi*; Aclé-Kreysing, “Antifascismo: un espacio de encuentro entre el exilio y la política nacional. El caso de Vicente Lombardo Toledano en México (1936-1945)”, pp. 573-609
- 54 Mann, “El nazismo envilece a Europa”, p. 15.
- 55 Serge, *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*, p. 379
- 56 Pohle, *Das mexikanische Exil: Ein Beitrag zur Geschichte der politisch-kulturellen Emigration aus Deutschland (1937-1946)*, p. 34.
- 57 Gleizer, *El exilio incómodo. México y los refugiados judíos, 1933-1945*.
- 58 Gleizer, “Gilberto Bosques y el consulado de México en Marsella (1940-1942). La burocracia en tiempos de guerra”, pp. 54-76.
- 59 Carreño y Zack, *El convenio ilusorio: refugiados polacos en México (1943-1947)*.
- 60 Jackson, *Fallen Sparrows. The International Brigades in the Spanish Civil War*.
- 61 Gordon, *Hollywood Exile*; Ceplair y Trumbo, *Dalton Trumbo: Blacklisted Hollywood Radical*.
- 62 Anhalt, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in México. 1948-1965*; Schreiber, *Cold War Exiles in Mexico: U.S. Dissidents and the Culture of Critical Resistance*.
- 63 Mendoza, “Unionismo y antifascismo en el proyecto político-intelectual Unión Democrática Centroamericana (1943-1946)”.
- 64 Mejía y Moreno, “El exilio costarricense en México en la década de 1940”, pp. 51-73; Oliva y Moreno, *Exilio y presencia. Costa Rica y México en el siglo XX*.
- 65 Cervantes, *El exilio venezolano en México, 1948-1958*.
- 66 Moreno, *El exilio nicaragüense en México, (1937-1947)*; Vázquez Medina, *Escenarios, situaciones y tramas: el exilio dominicano en México, 1950-1960*; Duval, “El exilio haitiano en México”, pp. 117-127; Rodríguez de Ita, *La política mexicana de asilo diplomático a la luz del caso guatemalteco, 1944-1954*.
- 67 Morales y Alizal, *Dictadura, exilio e insurrección. Cuba en perspectiva mexicana, 1952-1958*; Furiati, *Fidel Castro*.
- 68 Toussaint, *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del embajador Gustavo Iruegas*; Pirkery Núñez, “La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano. Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México”, pp. 285-308.

- 69 Yankelevich, “Los rostros de Jano: vigilancia y control de los exiliados latinoamericanos en México (1960-1980)”, pp. 125-158.
- 70 Díaz, “Abrir la casa. México y los asilados políticos chilenos”, pp. 265-280.
- 71 Dutrenit, *La embajada indoblegable. Asilo mexicano en Montevideo durante la dictadura militar*.
- 72 Yankelevich, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*.
- 73 Muñoz, *El exilio brasileño en México durante la dictadura militar, 1964-1979*.
- 74 Miranda, “Los exiliados bolivianos”, pp. 77-88.
- 75 Rojas Mira, *El exilio político chileno. La Casa de Chile en México (1973-1993). Una experiencia singular*.
- 76 Maira, “Luces y sombras”, p. 201.
- 77 Torres, *Latinoamericanos en la UNAM. Un estudio de caso en torno a la inserción laboral de profesionales de origen latinoamericano en la Facultad de Medicina, 1960-1989*; León, “Un doble refugio. El exilio de los intelectuales argentinos en México y su incorporación a la Máxima Casa de Estudios (UNAM), 1976-1981”, pp. 297-341; Alonso, *Exilio y Universidad. Argentinos en México, 1976-2016*; Yankelevich, *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*; Cereijido, “Exilio, investigación y ciencia”, pp. 89-108
- 78 Andújar, “Exiliados bolivianos en la UNAM”, pp. 21-25.
- 79 Salles, “Migrantes y trashumantes: percepciones sobre el exilio”, pp. 29-52.
- 80 Sala, “Los frutos de una experiencia vivencial”, pp. 75-88; Lich-tenstzejn, “Vivencias del exilio uruguayo en México”, pp. 129-132; Dutrenit, “México de tres culturas”, pp. 131-183.
- 81 Maira, “Claruscos de un exilio privilegiado”, pp. 127-142; Tarrés, “Miradas de una chilena”, pp. 19-30.
- 82 Cortés, “El momento mexicano. Exilios, integración involuntaria y teoría política latinoamericana”, pp. 201-228.
- 83 Ponza, “La izquierda en su laberinto. Intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983)”, pp. 247-262.
- 84 Portantiero, *Un itinerario político-intelectual*, p. 89
- 85 “Entrevista a Norbert Lechner realizada por Antonio Camou”, p. 36
- 86 Camou, “Se hace camino al transitar. Notas en torno a la elaboración de un discurso académico sobre las transiciones democráticas en Argentina y América Latina”, pp. 19-48; Lesgard, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*.

- ⁸⁷ Illades, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*.
- ⁸⁸ “Entrevista a Roger Bartra realizada por Osmar González”, pp. 237-238.
- ⁸⁹ Manzanares, *Los psicoanalistas rioplatenses en el exilio. Diálogos, aportes y discusiones más allá de los divanes mexicanos (1974-1985)*; Blank-Cereijido, “El exilio de los psicoanalistas argentinos”, pp. 303-320.
- ⁹⁰ Roniger, Senkman, Sosnowski y Sznajder, *Exile, Diaspora and Return. Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay and Uruguay*; Lastra, *Volver del exilio. Historia comparada de las políticas de recepción en las posdictaduras de la Argentina y Uruguay (1983-1989)*.
- ⁹¹ Aguayo, *El éxodo centroamericano: consecuencias de un conflicto*; Freyermuth y Godfrey, *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*; Vázquez Colmenares, “Culminación del refugio de los guatemaltecos en México”, pp. 313-315; Kauffer, *La integración de los ex-refugiados guatemaltecos en México: una experiencia con rostros múltiples*; Kauffer, *Refugiados guatemaltecos en México*; Ruiz Lagier, *Ser mexicano en Chiapas: identidad y ciudadanía entre los refugiados guatemaltecos*; Pérez Mendoza, “Salimos porque nos quisieron matar”. *Refugio guatemalteco en Chiapas, 1981-1999*.
- ⁹² Castillo y Venet, “El asilo y los refugiados. Una visión histórica y crítica hasta nuestros días”, pp. 195-226; Rodríguez Chávez, “Asilo, refugio y otras formas de protección humanitaria en el México del siglo XXI”, pp. 69-82.
- ⁹³ Secretaría de Gobernación, “Evolución de solicitudes de la condición de refugiados”.
- ⁹⁴ COMAR, “Reporte de solicitantes y de reconocimiento de refugio en México. Agosto de 2023” y “COMAR en números”.
- ⁹⁵ Selee, Giorguli-Saucedo, Masferrer y Ruiz Soto, *Soluciones estratégicas para afrontar la crisis migratoria en Estados Unidos y México*.

Bibliografía

- Acle-Kreysing, Andrea, “Antifascismo: un espacio de encuentro entre el exilio y la política nacional. El caso de Vicente Lombardo Toledano en México (1936-1945)”, *Revista de Indias*, núm. 267, España, 2016, pp. 573-609.
- Aguayo Quezada, Sergip, *El éxodo centroamericano: consecuencias de un conflicto*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.
- Alonso Coratella, Guadalupe, *Exilio y Universidad. Argentinos en México, 1976-2016*, México, UNAM, 2016.
- Andújar de Jesús, Eusebio, “Exiliados bolivianos en la UNAM”, *Archipiélagos*, núm. 90, México, 2015, pp. 21-25.
- Anhalt, Diana, *A Gathering of Fugitives. American Political Expatriates in México. 1948-1965*, E.U.A., Archer Books, 2001.
- Arias Riera, René, “Salvador de la Plaza y la alternativa socialista en Venezuela”, *Revista de Filosofía*, núm. 60, Venezuela, 2008, pp. 93-109.
- Aricó, José, *Marx y América Latina*, México, Alianza Editorial, 1982.
- Bergel, Martín, “Nomadismo proselitista y revolución. Notas para una caracterización del primer exilio aprista (1923-1931)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, vol. 20, Israel, 2009, pp. 41-66.
- Blank-Cerejido, Fanny, “El exilio de los psicoanalistas argentinos”, en Pablo Yankelevich (ed.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, INAH-Ed. Plaza y Valdés, 2002, pp. 303-320.
- Boletín de la Universidad*, México, Universidad Nacional, tomo 1, núm. 3, enero de 1921.

- Bolívar Goyanes, Antonio (coord.), *Científicos y humanistas del exilio español en México*, México, AMC, 2006.
- Buchenau, Jürgen, *In the Shadow of the Giant. The Making of Mexico's Central America Policy, 1876-1930*, E.U.A., The University of Alabama Press, 1996.
- Camou, Antonio, "Se hace camino al transitar. Notas en torno a la elaboración de un discurso académico sobre las transiciones democráticas en Argentina y América Latina", en Antonio Camou, María Cristina Torti y Aníbal Viguera (coords.), *La argentina democrática: los años y los libros*, Argentina, Ed. Prometeo, 2007, pp.19-48.
- Cañadas García, Teresa, *La huella de la cultura en lengua alemana en México a partir del exilio de 1939-1945*, Tesis doctoral, España, Universidad Complutense de Madrid, 2013.
- Carr, Barry, "La Ciudad de México: emporio de exiliados y revolucionarios latinoamericanos en la década de 1920", *Pacarina del Sur*, año 13, núm. 49, México, 2022, <http://www.pacarinadelsur.com/home/mallas/338-la-ciudad-de-mexico-emporio-de-exilia-dos-y-revolucionarios-latinoamericanos-en-la-decada-de-1920>, (consultado el 10 de septiembre de 2023).
- Carreño, Gloria y Celia Zack de Zukerman, *El convenio ilusorio: refugiados polacos en México (1943-1947)*, México, CDICA-Conacyt, 1998.
- Castillo, Manuel Ángel y Fabianne Venet Rebiffe, "El asilo y los refugiados. Una visión histórica y crítica hasta nuestros días", en Francisco Alba, Manuel Ángel Castillo y Gustavo Verduzco (coords.), *Migraciones Internacionales*, México, El Colegio de México, 2010, pp. 195-226.
- Ceplair, Larry y Christopher Trumbo, *Dalton Trumbo: Blacklisted Hollywood Radical*, E.U.A., The University Press of Kentucky, 2014.
- Cereijido, Marcelino, "Exilio, investigación y ciencia", en Pablo Yankelevich (coord.), *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*, México, SRE-ITAM-Ed. Plaza y Valdés, 1998, pp. 89-108.
- Cervantes Varela, Andrés, "El exilio venezolano en México, 1948-1958", Tesis de doctorado en Historia, México, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2019.
- COMAR, "Reporte de solicitantes y de reconocimiento de refugio en México. Agosto de 2023", <https://www.gob.mx/cms/uploads/>

- attachment/file/854280/Cierre_Agosto-2023__1-Septiembre.pdf, (consultado el 20 de septiembre de 2023).
- _____, COMAR en números, <https://www.gob.mx/comar/articulos/la-comar-en-numeros-355058?idiom=es> (consultado el 22 de enero de 2024).
- Concheiro, Elvira, Massimo Modonesi y Horacio Crespo (coords.), *El comunismo: otras miradas desde América Latina*, México, UNAM, 2007.
- Correa Pérez, Pedro David, “¿La revolución puede esperar? El PRV en los debates y acciones de los exiliados venezolanos (1927-1929)”, *Secuencia*, núm. 114, México, 2022, <https://doi.org/10.18234/secuencia.voi114.2094>, (consultado el 10 de septiembre de 2023).
- Cortés, Martín, “El momento mexicano. Exilios, integración involuntaria y teoría política latinoamericana”, en Eduardo Rinesi, Julia Smola, Camila Cuello y Leticia Ríos (coords.), *Hombres de una república libre. Universidad, inclusión social e integración cultural en Latinoamérica*, Argentina, Universidad Nacional de General Sarmiento, 2016, pp. 201-228.
- D’ Angelo, Giuseppe, “Salvador de la Plaza y los orígenes del marxismo latinoamericano. El exilio en el desarrollo de un pensamiento revolucionario”, *Cultura Latinoamericana. Revista de estudios interculturales*, núm. 23, Colombia, 2016, pp. 21-55.
- Delpar, Helen, *The Enormous Vogue for Things Mexican: Cultural Relation between the Unites States and México, 1920-1935*, E.U.A., University of Alabama Press, 1992.
- Díaz Prieto, Gabriela, “Abrir la casa. México y los asilados políticos chilenos”, en Pablo Yankelevich (ed.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, INAH-Ed. Plaza y Valdés, 2002, pp. 265-280.
- Dospital, Michel, “La herencia mexicana en la lucha sandinista de los años 20 en Nicaragua”, *Secuencia*, núm. 30, México, 1994.
- Dutrenit Bielous, Silvia, “México de tres culturas”, en Silvia Dutrenit Bielous (coord.), *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias, escenarios*, Uruguay, Ed. Trilce, 2006, pp. 131-183.
- _____, *La embajada indoblegable. Asilo mexicano en Montevideo durante la dictadura militar*, Uruguay, Ed. Fin de Siglo, 2011.
- Duval, Guy, “El exilio haitiano en México”, en Carlos Véjar Pérez Rubio (coord.), *El exilio latinoamericano en México*, México, UNAM, 2008, pp.117-127.
- “Entrevista a Norbert Lechner realizada por Antonio Camou”, en Antonio Camou y Osmar González (eds.), *Revolución exilio y*

- democracia. *Debates político-intelectuales en América Latina*, Argentina, Universidad Nacional de la Plata, 2016, pp. 36-68.
- “Entrevista a Roger Bartra realizada por Osmar González”, en Antonio Camou y Osmar González (eds.), *Revolución, exilio y democracia. Debates político-intelectuales en América Latina*, Argentina, Universidad Nacional de la Plata, 2016, pp. 227-249.
- Fell, Claude, *José Vasconcelos. Los años del águila*, México, UNAM, 1989.
- Freyermuth Enciso, Graciela y Nancy Godfrey, *Refugiados guatemaltecos en México. La vida en un continuo estado de emergencia*, México, CIESAS, 1993.
- Furiati, Claudia, *Fidel Castro. La historia me absolverá*, Barcelona, Plaza y Janés Ed., 2003.
- Gall, Olivia, *Trotsky en México y la vida política en el periodo de Cárdenas, 1937-1940*, México, Ed. Era, 1990.
- Garciadiego, Javier, *El Fondo, la Casa y la introducción del pensamiento moderno en México*, México, FCE, 2016.
- , *Rudos contra científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, México, El Colegio de México-UNAM, 1996.
- Gleizer, Daniela, “Gilberto Bosques y el consulado de México en Marsella (1940-1942). La burocracia en tiempos de guerra”, *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, vol. 49, México, 2015, pp. 54-76.
- , *El exilio incómodo. México y los refugiados judíos, 1933-1945*, México, El Colegio de México-UAM, 2011.
- Goebel, Michael, “Una biografía entre espacios: M. N. Roy. Del nacionalismo indio al comunismo mexicano”, en *Historia Mexicana*, núm. 248, México, 2013, pp. 1459-1495.
- Gordon, Bernard, *Hollywood Exile*, E.U.A., University of Texas Press, 2001.
- Hatzky, Christine, *Julio Antonio Mella. Una biografía*, Cuba, Editorial Oriente, 2008.
- Illades, Carlos, *La inteligencia rebelde. La izquierda en el debate público en México, 1968-1989*, México, Ed. Océano, 2011.
- Jackson, Michael, *Fallen Sparrows. The International Brigades in the Spanish Civil War*, E.U.A., The American Philosophical Society, 1994.
- Katz, Friedrich, “Mexico, Gilberto Bosques and the Refugees”, *The Americas*, vol. 57, E.U.A., 2000, pp. 1-12.

- Kauffer, Edith, *La integración de los ex-refugiados guatemaltecos en México: una experiencia con rostros múltiples*, México, El Colegio de la Frontera Sur, 2002.
- , *Refugiados guatemaltecos en México*, México, INI, 2000.
- Kerssfield, Daniel, *Contra el imperio. Historia de la Liga Antiimperialista de las Américas*, México, Siglo XXI, 2012.
- Kiessling, Wolfgang, *El exilio alemán en México*, México, Editorial Librería Mayrán, 1985.
- Kloyber, Christian (comp.), *Exilio y cultura. El exilio cultural austriaco en México*, México, SRE, 2002.
- La Botz, Daniel H., “Slackers: American War Resisters and Communists in México, 1917-1927”, Tesis doctoral, E.U.A., University of Cincinnati, 1998.
- Lastra, María Soledad, *Volver del exilio. Historia comparada de las políticas de recepción en las posdictaduras de la Argentina y Uruguay (1983-1989)*, Argentina, Universidad Nacional de la Plata, 2016.
- Lavín Robles, María Fernanda, “El libro negro del terror nazi: propaganda antifascista y denuncia de la barbarie nazi”, Tesis de licenciatura en Historia, México, UNAM, 2016.
- León Osorio, María Idalia, “Un doble refugio. El exilio de los intelectuales argentinos en México y su incorporación a la Máxima Casa de Estudios (UNAM), 1976-1981”, en Claudia González Gómez y Gerardo Sánchez Díaz (coords.), *Exilios en México, siglo XX*, México, Universidad Michoacana de San Nicolás Hidalgo, 2008, pp. 297-341.
- Lesgard, Cecilia, *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del ochenta*, Argentina, Ed. Homo Sapiens, 2003.
- Lichtensztejn, Samuel, “Vivencias del exilio uruguayo en México”, en Carlos Véjar Pérez Rubio (coord.), *El exilio latinoamericano en México*, México, UNAM, 2008, pp. 129-132.
- Lida, Clara E., *Caleidoscopio del exilio: actores, memoria, identidades*, México, El Colegio de México, 2009.
- Lira, Andrés, *Estudios sobre los exiliados españoles*, México, El Colegio de México, 2015.
- Lomnitz, Claudio, *El regreso del camarada Ricardo Flores Magón*, México, Ed. Era, 2016.
- López de la Parra, Manuel, *Noticia de Francesco Frola y su entorno: genealogía del fascismo italiano y la lucha de oposición y de resistencia*, México, UNAM, 2016.

- Lytle Hernández, Kelly, *Bad Mexicans. Race, Empire and Revolution in the Borderlands*, E.U.A., Norton, 2022.
- Maira, Luis, “Claroscuros de un exilio privilegiado”, en Pablo Yankelevich (coord.), *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*, México, SRE-ITAM-Ed. Plaza y Valdés, 1998, pp. 127-142.
- , “Luces y sombras”, en Pablo Yankelevich (coord.), *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*, México, SRE-ITAM-Ed. Plaza y Valdés, 1998, pp. 199-203.
- Mann, Thomas, “El nazismo envilece a Europa”, en *El libro negro del terror nazi en Europa*, México, Ed. El libro Libre, 1943, pp. 15-17.
- Manzanares Ruíz, Martín, “Los psicoanalistas rioplatenses en el exilio. Diálogos, aportes y discusiones más allá de los divanes mexicanos (1974-1985)”, Tesis de maestría en Historia, México, Instituto Mora, 2016.
- Marof, Tristán, *México de frente y de perfil*, Argentina, Ed. Claridad, 1934.
- Marsiske, Renata, *Movimientos estudiantiles en América Latina: Argentina, Perú, Cuba y México. 1918-1929*, México, CESU-UNAM, 1989.
- Matesanz, José Antonio, *Las raíces del exilio. México ante la guerra civil española, 1936-1939*, México, El Colegio de México-UNAM, 1999.
- McBeth, Brian S, “Foreign Support for Venezuelan Political Exiles During the Regime of Juan Vicente Gómez: The Case of México, 1923-33”, *The Historian*, vol. 69, Reino Unido, 2007, pp. 275-304.
- Mejía Flores, José Francisco y Laura Beatriz Moreno Rodríguez, “El exilio costarricense en México en la década de 1940”, *Cuadernos Americanos*, núm. 152, México, 2015, pp. 51-73.
- Melgar Bao, Ricardo y Perla Jaimes Navarro, *Esteban Pavletich. Estaciones del exilio y Revolución Mexicana, 1925-1930*, México, INAH, 2019.
- , “Cominternismo intelectual: representaciones, redes y prácticas político-culturales en América Central, 1921-1933”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 35, España, 2009, pp. 135-159.
- , “El exilio venezolano en México”, *Memoria*, núm. 110, México, 1998, pp. 37-45.

- _____, “Pensamiento haitiano. Entre la *Revue Indigène* y la Unión Patriótica, 1920-1930”, *Revista Wirapuru*, núm. 1, Chile, 2020, pp. 4-19.
- _____, “Redes y espacio público transfronterizo: Haya de la Torre en México (1923-1924)”, en Marta Casás y Manuel Pérez (eds.), *Redes intelectuales y formación de naciones en España y América Latina, 1890-1940*, España, UAM Ediciones, 2004, pp. 65-106.
- _____, “Un neobolivarismo antiimperialista: La Unión Centro Sud Americana y de las Antillas (UCSAYA)”, *Políticas de la Memoria*, núm. 6/7, Argentina, 2007, pp. 149-163.
- _____, *Vivir el exilio en la ciudad, 1928*. V. R. Haya de la Torre y J. A. Mella, México, Taller Abierto, 2013.
- _____, *Redes e imaginario del exilio en México y América Latina: 1934-1940*, Argentina, Libros en Red, 2003.
- Mendoza Pérez, Ernesto Josué, “Unionismo y antifascismo en el proyecto político-intelectual Unión Democrática Centroamericana (1943-1946)”, *Secuencia*, núm. 114, México, 2022, <https://doi.org/10.18234/secuencia.voi114.2093>, (consultado el 10 de septiembre de 2023).
- Miranda Pacheco, Mario, “Los exiliados bolivianos”, en Carlos Véjar Pérez Rubio (coord.), *El exilio latinoamericano en México*, México, UNAM, 2008, pp. 77-88.
- Morales, Salvador y Laura Alizal, *Dictadura, exilio e insurrección. Cuba en perspectiva mexicana, 1952-1958*, México, SRE, 1999.
- Moreno Rodríguez, Laura Beatriz, *El exilio nicaragüense en México (1937-1947)*, México, UNAM, 2015.
- _____, *México frente al exilio cubano, 1925-1940*, México, UACM, 2021.
- Muñoz Morales, Daniela, *El exilio brasileño en México durante la dictadura militar, 1964-1979*, México, SRE, 2018.
- Oliva Medina, Mario y Laura Beatriz Moreno Rodríguez, *Exilio y presencia. Costa Rica y México en el siglo XX*, México, UNAM, 2019.
- Palacios, Guillermo, “Julio Cuadros Caldas: un agrarista colombiano en la Revolución Mexicana”, *Historia Mexicana*, núm. 195, México, 2000, pp. 431-476.
- Pasolini, Ricardo, “Entre antifascismo y comunismo: Aníbal Ponce como ícono de una generación intelectual”, *Iberoamericana*, núm. 52, Alemania, 2013, pp. 83-97.
- Patka, Marcus G, *Zu Nahe der Sonne. Deutsche Schriftsteller im Exil in Mexiko*, Alemania, Aufbau Taschenbuch Verlag, 1999.

- Pérez Mendoza, Joel, “*Salimos porque nos quisieron matar*”. *Refugio guatemalteco en Chiapas, 1981-1999*, México, CIMSUR-UNAM, 2022.
- Pérez Montfort, Ricardo, “Apuntes sobre el exilio alemán en México”, en Pablo Yankelevich (coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, INAH-Ed. Plaza y Valdés, 2002, pp. 49-54.
- Pirker, Cristina y Omar Núñez Rodríguez, “La revolución salvadoreña necesita de la solidaridad del pueblo mexicano. Exilio salvadoreño y activismo político en la Ciudad de México”, en Mario Vázquez Olivera y Fabián Campos (eds.), *México ante el conflicto centroamericano. Testimonio de una época*, México, UNAM, 2016, pp. 285-308.
- Plá Brugat, Dolores, *Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros refugiados españoles en México*, México, INAH, 1985.
- Pohle, Fritz, *Das mexikanische Exil. Ein Beitrag zur Geschichte der politisch-kulturellen Emigration aus Deutschland (1937-1946)*, Alemania, Metzler Verlag, 1986.
- Ponza, Pablo, “La izquierda en su laberinto. Intelectuales argentinos, ideas y publicaciones en el exilio (1976-1983)”, *Boletín Americanista*, núm. 60, España, 2010, pp. 247-262.
- Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina*, México, Siglo XXI, 1978.
- , *Un itinerario político-intelectual*, Argentina, Biblioteca Nacional, 2012.
- Prieto Mejía, Paola, *Has llegado a la región más transparente del aire. Colombianos desterrados en México (1908-1930)*, España, Red de Archivos Diplomáticos Iberoamericanos, 2023.
- Reimann, Aribert, *Transnational District. European Political Exile in Mexico City, 1939-1959*, Alemania, KUPS, 2020.
- Rinaldo Fanesi, Pietro, “El exilio antifascista en América Latina. El caso mexicano: Mario Montagnana y la ‘Garibaldi’ (1941-1945)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, vol. 3, Israel, 1992, pp. 39-57.
- Rivera Mir, Sebastián, “Aníbal Ponce en México. La difusión de sus propuestas educativas”, en Sebastián Rivera Mir (coord.), *Historias entrelazadas. El intercambio académico en el siglo XX: México, Estados Unidos, América Latina*, Toluca, El Colegio Mexiquense, 2020, pp. 200-231.
- , *Militantes de la izquierda latinoamericana en México, 1920-1934. Prácticas políticas, redes y conspiraciones*, México, El Colegio de México, 2014.

- Rodríguez Chávez, Ernesto, “Asilo, refugio y otras formas de protección humanitaria en el México del siglo XXI”, en Katya Somohano y Pablo Yankelevich (coords.), *El refugio en México. Entre la historia y los desafíos contemporáneos*, México, COMAR, 2011, pp. 69-82.
- Rodríguez de Ita, Guadalupe, *La política mexicana de asilo diplomático a la luz del caso guatemalteco, 1944-1954*, México, SRE-Instituto Mora, 2003.
- Rojas Mira, Claudia F., “El exilio político chileno. La Casa de Chile en México (1973-1993). Una experiencia singular”, Tesis de doctorado en Estudios Americanos, Chile, Universidad de Santiago de Chile, 2013.
- Rojas, Rafael, “Haya, Mella y la división originaria”, *Telar*, núm. 20, Argentina, 2018, pp. 45-67.
- , “México y las dictaduras caribeñas (1934-1959)”, *Istor*, núm. 39, México, 2009, pp. 117-146.
- , *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*, España, Turner, 2021.
- Rolland, Denis, *Vichy et la France Libre au Mexique*, Francia, L'Hamattan-Publications de la Sorbonne, 1990.
- Roniger, Luis, Leonardo Senkman, Saúl Sosnowski y Mario Sznajder, *Exile, Diaspora and Return. Changing Cultural Landscapes in Argentina, Chile, Paraguay and Uruguay*, E.U.A., Oxford University Press, 2017.
- Ruiz Lagier, Verónica, *Ser mexicano en Chiapas: identidad y ciudadanía entre los refugiados guatemaltecos*, México, INAH, 2018.
- Sala, Lucía, “Los frutos de una experiencia vivencial”, en Pablo Yankelevich (coord.), *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*, México, SRE-ITAM-Ed. Plaza y Valdés, 1998, pp. 75-88.
- Salazar Anaya, Delia, “México y su respaldo al exilio francés (1940-1944)”, en José Francisco Mejía Flores y Laura Beatriz Moreno Rodríguez (coords.), *Redes políticas desde los exilios iberoamericanos*, México, UNAM, 2022, pp. 133-155.
- Salles, Vania, “Migrantes y trashumantes: percepciones sobre el exilio”, en *Latinoamericanos en la Ciudad de México*, vol. 3. México, Instituto de Cultura de la Ciudad de México, 1999, pp. 29-52.
- Schreiber, Rebecca, *Cold War Exiles in Mexico: U.S. Dissidents and the Culture of Critical Resistance*, E.U.A., University of Minnesota Press, 2008.

- Secretaría de Gobernación, “Evolución de solicitudes de la condición de refugiados”, 2019, [https:// www.gob.mx/cms/uploads/ attachment/file/474982/ INFORME_PRESIDENCIA.pdf](https://www.gob.mx/cms/uploads/attachment/file/474982/INFORME_PRESIDENCIA.pdf), (consultado el 10 de septiembre de 2023).
- Selee, Andrew, Silvia E. Giorguli-Saucedo, Claudia Masferrer y Ariel G. Ruiz Soto, *Soluciones estratégicas para afrontar la crisis migratoria en Estados Unidos y México*, México, El Colegio de México-Migration Policy Institute, 2019.
- Serge, Víctor, *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*, México, Siglo XXI, 2002.
- Serrano Migallón, Fernando, “Duras las tierras ajenas”. *Un asilo, tres exilios*, México, FCE, 2002.
- , *El asilo político en México*, México, Ed. Porrúa, 1998.
- , *La inteligencia peregrina. Legado de los intelectuales del exilio republicano español en México*, México, El Colegio de México, 2009.
- , *Misión de Luis Rodríguez en Francia. La protección de los refugiados españoles, julio a diciembre de 1940*, México, El Colegio de México-Conacyt-SRE, 2000.
- Shipman, Charles, *It Had to Be Revolution: Memoirs of an American Radical*, E.U.A., Cornell University Press, 1993.
- Spenser, Daniela, “México revolucionario: laboratorio político de Charles Phillips”, en Pablo Yankelevich (coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo xx*, México, INAH-Ed. Plaza y Valdés, 2002, pp. 155-166.
- , *Los primeros tropiezos de la Internacional Comunista en México*, México, CIESAS, 2009.
- Tarcus, Horacio, *Mariátegui en la Argentina o las políticas culturales de Samuel Glusberg*, Argentina, Editorial El Cielo por Asalto, 2002.
- Tarrés, María Luisa, “Miradas de una chilena”, en Pablo Yankelevich (coord.), *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*, México, SRE-ITAM-Ed. Plaza y Valdés, 1998, pp. 19-30.
- Tenorio, Mauricio, *I Speak of the City. Mexico City at the Turn of the Twentieth Century*, E.U.A., The University of Chicago Press, 2012.
- Torres Parés, Javier, *La Revolución sin frontera. El Partido Liberal Mexicano y las relaciones entre el movimiento obrero de México y el de Estados Unidos, 1900-1923*, México, UNAM, 1990.
- Torres, Josefina, “Latinoamericanos en la UNAM. Un estudio de caso en torno a la inserción laboral de profesionales de origen

- latinoamericano en la Facultad de Medicina. 1960-1989*”, Tesis de licenciatura en Historia, México, UNAM, 2002.
- Toussaint, Mónica, *Diplomacia en tiempos de guerra. Memorias del embajador Gustavo Iruegas*, México, Instituto Mora-UNAM-La Jornada, 2013.
- Valadés, José C., *Memorias de un joven rebelde*, México, UAS, 1986.
- Vasconcelos, José, “Discurso pronunciado en la Fiesta de la Raza”, en *Boletín de la Universidad*, México, Universidad Nacional, tomo 1, núm. 3, enero de 1921, pp. 178-179.
- , “Excitativa del Rector de la Universidad Nacional a la intelectualidad mexicana”, en *Boletín de la Universidad*, Departamento Universitario y de Bellas Artes, tomo 2, núm. 5, julio de 1921, pp. 190-191.
- , *La Raza Cósmica. Misión de la raza iberoamericana*, España, Agencia Mundial de Librería, 1927.
- Vázquez Colmenares, Pedro, “Culminación del refugio de los guatemaltecos en México”, en *Memoria. Presencia de los refugiados guatemaltecos en México*, México, COMAR-ACNUR, 1999, pp. 313-315.
- Vázquez Medina, Hilda, “Escenarios, situaciones y tramas: el exilio dominicano en México, 1950-1960”, Tesis de maestría en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM, 2012.
- Velázquez Hernández, Aurelio, *Empresas y finanzas del exilio. Los organismos de ayuda a los republicanos españoles en México (1939-1949)*, México, El Colegio de México, 2014.
- Villanueva, Carlos, *Sandino en Yucatán. 1929-1930*, México, SEP, 1988.
- Von Hanffstengel, Renata y Cecilia Tercero (eds.), *México, el exilio bien temperado*, México, Instituto Goethe-UNAM-IIGM, 1995.
- Von Metz, Brígida, Ricardo Pérez Montfort y Verena Radkau, *Fascismo y antifascismo en América Latina y México (apuntes históricos)*, México, CIESAS, 1984.
- Yankelevich, Pablo (coord.), *México, país refugio. La experiencia de los exilios en el siglo XX*, México, INAH-Ed. Plaza y Valdés, 2002.
- , “Los rostros de Jano: vigilancia y control de los exiliados latinoamericanos en México (1960-1980)”, *Estudios Interdisciplinarios de América Latina*, vol. 30, Israel, 2019, pp. 125-158.
- , *La Revolución Mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*, México, Instituto Mora, 2003.
- , *Ráfagas de un exilio. Argentinos en México, 1974-1983*, México, El Colegio de México, 2009.

Zoffmann Rodríguez, Arturo, "Deserters of War, Soldiers of Revolution: Charles Francis Phillips and the Origins of Communism in the Americas, 1914-1921", *American Communist History*, vol. 20, E.U.A., 2021, pp. 139-164.

———, "Guerra, exilio y comunismo: Charles Phillips y los *slackers* de México, 1917-1921", *Secuencia*, núm. 114, México, 2022, <https://doi.org/10.18234/secuencia.voi114.1981>, (consultado el 10 de septiembre de 2023).

EXILIOS

Razones, proyectos
y figuras en México

de Pablo Yankelevich

se terminó de imprimir en la Ciudad de México
el mes de marzo de 2024, con un tiraje de 500 ejemplares,
más sobrantes para reposición, en los talleres de
Estampa Artes Gráficas, Privada de Doctor Márquez 53,
Colonia Doctores.

Tels. 55 55 30 52 89 / 55 55 30 55 26
estampa.dirección@gmail.com

Con el fin de difundir el conocimiento histórico, la **COLECCIÓN MIRADAS A LA HISTORIA** convoca a reconocidos investigadores, quienes se acercan al pasado a partir de múltiples temas, personajes y testimonios.

A lo largo del tiempo, de manera individual o como parte de amplios contingentes, llegaron al territorio mexicano millares de extranjeros víctimas de persecuciones –líderes políticos, profesionistas, académicos, intelectuales y artistas– quienes dejaron profundas huellas en la vida social y cultural del país.

México ha sido y es una nación refugio. Sin embargo, esta conducta humanitaria no deja de ser paradójica, porque al mismo tiempo, las políticas migratorias imponen serias restricciones al ingreso de inmigrantes. ¿Cómo explicar que mientras rigen robustas barreras al ingreso de extranjeros se abran las puertas a perseguidos y refugiados?

El autor de esta obra ofrece respuesta a esta y otras preguntas, a partir de un esmerado análisis de antecedentes, etapas, comunidades y personajes que llegaron al país desde las primeras décadas del siglo pasado hasta nuestros días.

ISBN 978-607-8740-39-0



9 786078 740390 >



SEP

SECRETARÍA DE
EDUCACIÓN PÚBLICA